

UNA ARCADIA PERDIDA

(La Huerta de Murcia)

P O R

FRANCISCO SANCHEZ BAUTISTA

SEÑORES ACADEMICOS:

Quiero, ante todo, manifestar mi gratitud a los ilustres componentes de esta docta Institución que en su día tuvieron a bien aceptarme entre sus miembros. Igualmente, quiero en este día de mi recepción pública como Académico hacer patente mi emocionado recuerdo a dos hombres entrañablemente queridos entre nosotros, como lo fueron los Académicos Francisco Alemán Sainz y Alberto Colao Sánchez, acendrados trabajadores en pro de la cultura murciana y, en definitiva, española.

Pienso yo que, como poeta, me sentía obligado a disertar sobre la creación poética o algo afín a esta extraña parcela del espíritu; y hasta creo, si no pareciera pretencioso, que con sólo hacer un recorrido enumerativo por el cuerpo de mi propia poesía, hubiera dado por pasable este obligado discurso. Y todo ello, creo yo, porque siempre he llevado un rumor de acequias y de frondas originarias de mi pequeña pedanía de Llano de Brujas, en el corazón de la huerta, junto a ese río padre, que es el Segura, más grande en hortales y tierras de labrantío que en presencia física. Porque de ahí se nutrió mi voz. Y este lenguaje frondoso y fresco de brazales; y este penetrante olor a cálidas naranjas; y este sabor de amelados frutos, lo fui fundiendo a otros paisajes y expresiones no menos vivas y centelleantes de nuestra Región. Y, así, quedaron entrecruzados vocablos con un regusto nuevo, aunque la mezcla tuvo que buscarla en los más originarios hontanares.

A los nombres tan sustanciosos de nuestras tierras altas como son almazara, alfolfí, jarea, majuelo, almarjal, les fui añadiendo los no



menos jugosos y hortelanos de quijero, majenco, amerar, boria, so-
rregar, con lo que creo haberme aproximado a un lenguaje poético
sacado de nuestra entraña popular, bregada y laboriosa.

Pero he querido omitir en mi discurso mi acostumbrado itinerario
lírico para reivindicar en estas primeras prosas que salen de mi plu-
ma una parcela, la que cimentó nuestra fama agrícola y otras hon-
rosas famas de nuestra Región. Y esta hermosa parcela no es otra
que nuestra Huerta. Las más opulentas ciudades del Sureste se ha-
llan enclavadas en esta parcela y junto al río que las vivifica.

Y es por ello que, haciéndome cronista de la nostalgia, traigo en
este discurso retazos de algo que se nos fue y un sentimiento de
tristeza por otro tanto que, irremediamente, se nos está perdiendo
día a día.

Una Arcadia Perdida se titula este a modo de discurso, que no
otra cosa es ya nuestra Huerta. En las páginas que dan corporeidad
a esta disertación intento demostrarlo.

A esta docta Academia Alfonso X el Sabio, a la que hoy llego,
que además se subtitula de Estudios Murcianos, no debe parecerle
extraño que un poeta abandone el complicado y subjetivo mundo
de la intuición poética y se engolfe en lo atávico de algunas de nues-
tras costumbres y leyendas, cuando no en lo ecológico y partiendo
de «la literatura desde Murcia», como no hace mucho nos sugería
en una estupenda conferencia el también Académico Juan García
Abellán, haya querido rehacer, siquiera imaginativamente, una Ar-
cadia Perdida.



UNA ARCADIA PERDIDA

(La Huerta de Murcia)

UN MUNDO DE LABORES

Un mundo de labores

La monda en tiempo presente

AL CALOR DE LAS LEYENDAS

La visita de Dios

La madre de la acequia

¿Quién ha visto a las damas bailar?

UN RIO MORIBUNDO

COSTUMBRES Y TRADICIONES

La higotada

El veranico de los membrillos

Las Nocheviejas de antaño

Los hileros

Estampa huertana

¿TUVO ESTA ARCADIA SU CULTURA?

VOCABULARIO



DESPUES de haber padecido de la inquisitorial fiscalización de lo más noble que se le ha dado al hombre, que es su capacidad crítica e intelectual, vuelve a hacerse la luz paulatinamente en esta tierra donde hablar, escribir o indagar, casi siempre era un delito castigado por las leyes de la dictadura. Si saco a colación este largo período histórico es porque el que más y el que menos que se haya sentido un tanto independiente, ha sufrido en su propio espíritu, cuando no en su carne, estas mutilaciones en su libertad de expresión. Y han sido estos largos silencios impuestos los que en la mayoría de los casos han coadyuvado pasivamente a que gran parte de nuestro entorno venga sufriendo un lento y mortal deterioro, tan insistente, que si no nos movilizamos en el buen sentido de ciudadanía responsable, pronto nos veremos inmersos en un hecho caótico e irreversible.

Fue en el año 1977, cuando en mi prólogo al libro de los profesores Sempere Flores y Zapata Nicolás, LA HUERTA DE MURCIA AL DESNUDO, editado por esta docta Academia, ya alarmaba yo, poniendo en alerta, juntamente con los autores citados, de que a esta Arcadía, que fue la Huerta de Murcia, apenas si le quedan cien años de vida, los que me parecen muchos, si nos atenemos a las graves señales de indiferencia con que venimos tratando nuestro histórico vergel.

Al comentar aquel libro, lo primero que advertí fue que sus autores habían hecho caso omiso de todas las cortapisas —tengamos en cuenta de



cuando se escribió este libro— que pudieran en su día salirles al paso. Porque pensemos que la imagen oficial que se ha venido dando de la Huerta durante décadas ha sido la que correspondía a los libretos de «La Parranda», «La Alegría de la Huerta», «Los Bandos de los Perráneos» y otros etcéteras inconfesables. Y esto, tan seudofolklórico, las más de las veces, me parece poco edificante.

Parece ser, y así es lastimosamente, que nuestras autoridades de siempre no han tenido muy en cuenta el Art. 58 de nuestras «Ordenanzas y costumbres de la Huerta de Murcia», donde dice: «Ni en el río, ni en ninguna de las acequias y azarbes, ni en el val de la lluvia, se podrá curar lino, cáñamo ni esparto. Sólo podrá hacerse esto en las balsas dispuestas para este objeto o que en adelante se ejecutaren, con previa licencia del Ayuntamiento...». Y el Art. 59 de las mismas Ordenanzas prosigue. «En ninguna acequia pueden hacer lavados de lana y tintes...». ¡Qué hermosas y previsoras son nuestras Ordenanzas! Pues bien, teniendo, como pocas regiones españolas, unas Ordenanzas tan equilibradas y justas, este envenenamiento de nuestras aguas, esta dejadez en nuestras estructuras rurales, no se hubieran producido con un mínimo de respeto a estas leyes que sabiamente nos dieron nuestros antepasados. Y es esta pereza, esta apatía nuestra, peligrosamente enfermiza, lo que acendradamente se denunciaba en aquel libro y se viene denunciando con desesperada tenacidad por los numerosos grupos de ecologistas murcianos.

Según estas mismas Ordenanzas, «habrá Junta de Sanidad que vigile y autorice a que los dueños —no de las balsas, porque ya no las hay en nuestra Huerta—, pero sí de los cauces y acequias para que los excrementos y residuos tengan salida por donde les corresponda». Sin embargo, esa Junta poco ha hecho para que la destrucción de la Huerta por el envenenamiento y corrupción de sus aguas sea una amenaza constante.

Por eso —y lo digo entristecido—, aunque el título de este discurso se lo parezca, no se trata de ningún comentario —por demás bizantino— a ninguna novela renacentista, sino del hecho real de algo que por entrañablemente nuestro debiera ser un clamor generalizado. Se trata simple, llana y doloridamente, de la lenta agonía de nuestra Huerta. Así es como la venimos viendo desde hace décadas sin que un remedio eficaz venga a poner cura a esta perniciosa enfermedad, cada vez más contagiosa.

A todo murciano responsable le duele saber que lo que soñó el romano, hizo el moro, cultivó el mudéjar y se repartió el cristiano, muere por falta de asistencia. Por eso sigo pensando en los cien años de vida que en la obra antes citada se le conceden a nuestra Huerta. Si así es, siento como huertano que todo este incomparable vergel venga a quedar en *verdura*



de las eras. Y ya no lo siento por mí, sino por las futuras generaciones de murcianos, que asistidos de toda razón echarán en cara a sus antepasados —en este caso, nosotros— que tanta indiferencia les haya privado de esta maravilla. Ellos, en esa fecha en que nos emplazan los mencionados autores, oirán decir que todavía en el año 1960 de nuestra Era Cristiana eran las aguas de nuestro río Segura puras y altamente fertilizantes; y que el nivel freático aún andaba lejos de formar la ciénaga que en esa fecha —¿quién lo remediará?— será nuestra vega.

Miles de tahúllas encuadradas en las pedanías de Puente Tocinos, Zarrandona, Monteagudo, Llano de Brujas, Esparragal, Santa Cruz y el Raal, sólo por citar algo inmediato a los muros de nuestra ciudad, se hallan hoy día casi al borde del anegamiento. Y todo por causa de haber elevado las soleras del Azarbe Mayor, entre otras, caso ya denunciado no pocas veces por los procuradores de estos heredamientos. Ultimamente se ha canalizado este azarbe, pero tan llana y estrechamente que ha venido a multiplicar los viejos problemas de «aguas muertas» y estancadas que ya existían. Esperemos que una nueva revisión de este cauce sea lo altamente eficaz como necesario.

Yo, con algo más de medio siglo a cuestas, puedo asegurar que he gozado de las más hermosas sensaciones que nos proporciona con creces una naturaleza tan mimada como nuestra Huerta. Siempre recordaré con profunda emoción aquella figura casi idílica del pescador con caña, tan cargado de anécdotas, que de landrona en landrona y de merancho en merancho, saltaba y saltaba de un lado para otro en busca de algún barbo de los que tanto abundaban en nuestras aguas. Hoy, esa figura tan familiar, ha desaparecido por completo de nuestro paisaje un tanto lacustre. No ya en la Huerta, sino aquí mismo en el corazón de Murcia, se veía con frecuencia junto al molino de Roque, o en la misma lengua del agua, a favor de algún remanso, o cerca de los azudes del Puente Viejo, al paciente pescador echar su *lombrigá* al agua. Era asombroso y divertido ver cómo los peces saltando sobre corriente elevaban los azudes del Puente y el Club Remo. Hoy difícilmente podemos gozar de tan grata contemplación. Esa bellísima estampa ha desaparecido. Bajan las aguas viciadas, peligrosamente contaminadas, aniquilando a su paso la vida. El sapo, ese batracio de mirada torpe y nublada, que ya en marzo tendía sus viscosas huevas sobre la arrelentada hierba o en algún sereno recodo, ha desaparecido. Y así, muchas especies acuáticas.

Alguien —¿irresponsablemente?— echa residuos y desperdicios a las aguas, poniéndolas de una hediondez irrespirable. Ya nos hablaba la prensa de cómo nuestro río a su paso por Murcia, durante estos largos meses



de sequía, nos daba la triste imagen de un inmenso y maloliente lodazal. Y en esto quiero abundar porque creo haber oído, o leído, que se intenta hacer una presa para regolfar las aguas del Segura en su trayecto por la ciudad y tener, de este modo, motivo de esparcimiento aquellos que les gusta meter el remo y maniobrar sobre corriente. Creo que si esto ocurriera, tal como van las aguas, huirían las ratas hacia los áticos en busca de un lugar más aséptico. Yo, si mi petición valiera para algo, rogaría «a quien corresponda» que se hicieran antes depuradoras, a la vez que se mejoraban las ya existentes, para sanear y revitalizar las aguas del Segura y sus múltiples arterias fluviales. Como no incidamos y urjamos en este sentido, creo que esos cien años de vida que vengo comentando resultarían demasiados para el total aniquilamiento de esta parcela de hermosura.

Oímos hablar constantemente a los viejos agricultores de nuestra Huerta de la «tristeza del naranjo» y otras plagas, para ellos extrañas, de nuestro arbolado. ¿Habría algo más patético para un hombre que haya nacido entre olorosas frondosidades ver impotente cómo mueren sus árboles de tristeza. Sí, es cierto; también yo los he visto morir de ese lento y raro mal llamado «tristeza». Anualmente mueren muchos árboles en nuestra Huerta. No ya naranjos, sino otros frutales de muchas especies que en otros tiempos fueron un regalo para los ojos y una delicia para el paladar. ¡Morir un árbol de tristeza! Lo más alegre, lo más hermoso y halagador, aquello que fundamenta y ameniza el paisaje. Duele ver cómo cada primavera nuestra Huerta, desde hace años, se nos presenta cada vez más enferma y trasquilada.

Debemos reconocer también que no sólo son las aguas las que con sus tóxicos desnivelan nuestro equilibrio ecológico. Hay también otros venenos que colaboran implacablemente a favor de esta muerte: insecticidas, herbicidas y fumigaciones un tanto arbitrarias y mal controladas, están dando al traste con las pequeñas aves y pájaros que alegran nuestra Huerta. Apenas si quedan mirlos, ruiseñores, *cacildranes*, petirrojos y tintines y otras especies insectívoras.

Todo lo antedicho es lamentablemente cierto. Lírico e ingenuo parecerá mi discurso; quizá demasiado aquejado por una inútil búsqueda en el tiempo. Pero hay algo anecdótico y no por eso menos vital que amablemente me acompaña desde aquella mi niñez, agrícola y hortelana, no entelerida por el feo conocimiento; algo que para los niños de hoy no habría lugar en nuestra Huerta para ser sus protagonistas. Y ese algo —que para mí fue un mucho— era el hecho verdaderamente liberador de poder caminar a mis anchas por mi lugar nativo, *ligero de equipaje*, pes-



cando peces por aquellas landronas, todavía en aquel tiempo incontaminadas, poniendo mi sombrero de palma en el purísimo hilo de agua que se escurría entre las ovas. Había muchos peces. Por cierto, que muchos pescadores se lamentaban de que los patos domésticos los pescasen. Temían los buenos hombres de que estos palmípedos acabasen con las crías. ¡Qué lejos andaban ellos de comprender que la desidia habría de hacer más daño que todas aquellas bandadas de patos que alborotaban nuestros cauces! Hoy, ya, ni patos ni peces. Cualquier nostálgico pescador recordará que en Quijanas, el Gilico o cualquier landrona de las que abocan al Azarbe Mayor, tenía sus buenas collas de peces y anguilas. Si echaban el anzuelo en cualquier cimbra o remanso, allí picaban y al instante sacaban pieza. Después venía el típico yantar adobado con una pintoresca plática plagada de anécdotas ocurrentes y rijosas.

Ya han desaparecido todas las tabernas y ventorros que desde la Vereda de la Cueva a la Vereda del Niño venían a ser en aquellos tiempos como humildes paradores de turismo. De turistas indígenas y despreocupados, por supuesto. ¿Quién de aquellos simpáticos y modestos deportistas no recordará, de vivir, «La Máiquez», «La Trincanta», «La Canas», «Antón Juanín», «El Paquirre» y «Antonio Cámaras»? Estas seis tascas se hallaban a lo largo de cuatro escasos kilómetros junto a las ricas y pandas aguas del Azarbe Mayor. Habían juegos de bolos como los del «Brígido» y «Antonio Cámaras», donde se jugaban al truke un cuartillo de vino —de aquellos hechos por un chatarrero— y unos altramuces (*tramusos*, se dice en la huerta) y garbanzos torraos. Otras veces cogían «Landrona del Cementerio» arriba, hasta llegar a la tasca del «Sordo Baños», ya en Llano de Brujas. Tenía aquella tasca, que hacía ángulo entre la misma landrona y Acequia Aljada, un gran moral en su puerta. Los pescadores, ya en mayo, revolvían vino y moras en una gran fuente y las comían con verdadera fruición. Era el buen tiempo de los grandes y pomposos árboles, plenos de frutos, algunos ya dorados por los altos y verdes andamios de sus haldares.

La evolución técnica ha hecho, sin duda, que nuestros huertanos mejoren en bienes materiales, ayudados, por supuesto, con otros trabajos complementarios y ajenos a su función específica, que es la agricultura; pero esta misma evolución les ha arrebatado su paraíso, ya que al no instruírseles concienzudamente en el uso moderado de estos instrumentos de aniquilación de plagas, han recaído sus mortíferos efectos sobre aquello que tan corajudamente han defendido siempre, y que no es otra cosa que su propia tierra. Y no intento con esto ni remotamente insinuar que al hombre de la Huerta haya que relegarlo a un gheto o especie de reserva para atracción de turistas. Se trata de que esta Huerta que con tanta vehe-



mencia, si se quiere, vengo defendiendo, no pierda su identidad. Y para hacer perdurable este bello entorno hay que cuidar de sus cimientos, hay que mimar y purificar las aguas en que se sostiene. Nunca me cansaré de repetirlo: esas aguas que en otro tiempo no muy lejano se entinajaban en las casas huertanas sin temor alguno para su uso doméstico y sin necesidad alguna de análisis ni manipulaciones de laboratorio. ¡Unos cimientos de agua! Heráclito no concebiría esta paradoja, pero nosotros los murcianos la hemos entendido siempre. Ahí está el río y sus ricas venas, las acequias, para demostrarlo.

Pero estas aguas infectas y muertas por nuestros propios descuidos, están haciendo imposible ya muchos años que en nuestra tierra se cultive el pimentón, cuando tierras tan específicas para este producto como eran las de Espinardo, Cabezo de Torres, Monteagudo, Llano de Brujas, Esparragal y Santomera, significaban el abastecimiento de esta industria. Otro tanto ha ocurrido con la seda, aunque organismos y entidades de agricultores hayan insistido en su modernización y permanencia, y últimamente un Senador de nuestra tierra haya interpelado al Gobierno sobre la conveniencia de su cultivo, todo ha resultado inútil. Y esto sí que es grave y doloroso. Murcia, capital española de la seda desde el siglo XV hasta mediados del XX, está viendo impasible cómo esta industria ha desaparecido y con ella muchas fábricas han sido cerradas y otras destruidas. ¿Qué fue, qué ha sido, qué está siendo de todo este emporio de riqueza?

Nuestros clásicos citaban Murcia en sus obras literarias cuando mercaderes de Toledo y otras provincias españolas venían hasta Levante a comprar tan preciada fibra. ¡Si hasta había una ruta llamada de la seda! Nuestros poetas regionales, el maestro Martínez Tornel, sobre todos, cantaron este hermoso laboreo de las jóvenes de nuestra tierra prestándole cariño y esfuerzo a este delicado cultivo de la seda. En romances de hermosa factura nos recuerda el maestro las vicisitudes del huertano cuando ve truncada su esperanza al volvérselo monas, canutes o bajocos la cosecha de gusanos. Con ellos el pobre huertano cubría el rento, el ajuar de la hija casadera y otras mil pequeñas cosas necesarias. Era un bocado muy dulce, aunque costoso, como ellos decían. Pues bien, ¿a quién culpar de la desaparición de esta secular riqueza que tanto paro palió, redundando en bienes materiales? ¿Se hundió por sí sola, por su irrentabilidad, o desapareció por el desinterés y la apatía de los responsables?

Sería lamentable que se cumpliera la visión pronosticada por la gran poetisa gallega Rosalía de Castro cuando, escribiendo de nuestra tierra, dice: «E vin aquela famosa horta de Murcia, tan nomeada y tan alabada, e que, cansada y monótona, como e resto daquel paixe, amostra asua vexe-



tación tal como paisaxes pintado nun cartón». ¡Cansada y monótona, como el resto de aquel país! Esto es, el Reino de Murcia o nuestra Región Murciana. ¡Y esto lo decía la inmortal gallega en el año 1863! Mucho ha llovido desde entonces, pero poco se ha corregido. Por eso creo que ya es hora de concienciarnos, uniéndonos al clamor de no pocas voces que ya empiezan a levantarse responsables a lo largo y ancho de nuestra geografía murciana.

Fue la Diputación Provincial la que en su día, quizá espoleada por la corriente crítica, hizo un informe al Ministro de Obras Públicas, diciendo: «En Murcia capital se está bebiendo el agua del río Segura tras una depuración que no resulta todo lo altamente satisfactoria que se desea, ya que el volumen de contaminación es preocupante si tenemos en cuenta que van a parar a él las aguas negras y residuales de todos los pueblos de la cuenca hasta Molina de Segura». A este respecto quiero recordar aquí el cólera (*zangarriana*, como se le bautizó en nuestro dialecto pancho) del año 1885, que el murcianista Rafael García Velasco en su novela *Ronda Huertana* nos relata así: «Se decía que en Archena se dieron los primeros casos, y que al lavar en el río las ropas de los enfermos habían contaminado el agua y difundido la enfermedad por los pueblos ribereños». Un temor —mejor diría pavor— nos sobrecoge recordando esto. Y uno piensa y se pregunta si no estaremos asistiendo impasiblemente, por lo transcrito, a vernos comprometidos, por mucha y adelantada que sea la ciencia, a una tragedia de dolorosas consecuencias. Y es entonces cuando con más vehemencia nos interrogamos indagadores: ¿Quiénes son y dónde están los envenenadores de nuestras aguas?

Cuando lo real supera al realismo descriptivo, algo nos entenebrece y asfixia. Uno ha caminado e invita a caminar por los aledaños de nuestra Murcia. Es bueno conocer, aunque duela, nuestra realidad inmediata, asomarse a los lugares entrañables y ver, superando todo asombro, la herida mortal que muchos años de abandono y anarquía han ido dejando en nuestra Huerta. No podemos negar lo endémico de esta enfermedad que nos entresija. Y es: mala estructuración, procedimientos arcaicos, indiferencia, apatía y sumo desdén en cuanto a cuidados y preocupaciones por parte de las autoridades de turno.

Y ante todo esto, uno sigue preguntándose del mermado papel que desempeña la Junta de Hacendados de la Huerta, procuradores, veedores, guardias de acequias y, muy especialmente, la Delegación del Ministerio de Agricultura en nuestra provincia, con sus departamentos INIA, IMOPA, IRYDA, ICONA, etcétera. Igualmente debemos invocar otros nombres y siglas que andan ligadas a la agricultura y que están obligadas a velar



por nuestros intereses. Se trata de CEBAS, IOATS, Cámaras Agrarias, Comisaría de Aguas, Confederación Hidrográfica y otras tantas.

Dura es la verdad y, a veces, cruda su exposición, pero nunca deja de ser un formidable estímulo que nos vuelca entrañable y generosamente hacia las cosas que amamos. Y dura es en este caso esta verdad que bien pudiera parecer particular, pero no lo es porque la siento y la creo plural y hermosamente compartida, porque alberga una incontenible queja, una constante preocupación por algo tan vitalmente importante como es la tierra, nuestra raíz, nuestra única y definitiva razón de supervivencia. Nunca fue patriótico el silencio. Defendamos con nuestra noble y civilizada protesta esta Huerta que se nos pudre, estos diseminados restos de una perdida Arcadia.



UN MUNDO DE LABORES



UN MUNDO DE LABORES

SOLO el amor a la tierra, sólo el generoso ánimo, el *ánimus rigandi*, que alguien dijo tan acertadamente, hizo posible que durante siglos y siglos esta Arcadia, esta huerta, tan nombrada y alabada, en el decir de Rosalía de Castro, fuera admiración y asombro de cuantos la visitaban. Porque ajenos a los relojes, orientados por la luz solar o por las campanadas de alguna parroquia vecina, entraban los huertanos en sus bancales, que eran su mundo, su paraíso, como el que entra en una tierra prometida.

Ellos sabían que de aquellas fértiles longueras, de aquellos verdequeantes lampayos, saldría el sustento diario, el sostenimiento de su familia. Mimar la tierra ha sido el envidiable destino y el irrenunciable oficio del huertano. Por eso, al alba, todavía lloso, cuando el mirlo canta y el ruiseñor madruga alertándonos de su nido entre tupidos fenaces y ariscas zarzamoras, ya tenía uncidas al yugo —*uvio*, dice el huertano— la «Dorá» y la «Clavellina», o la «Hermosa» y la «Jardinera», según su capricho para bautizar a sus vacas del *terreno*, es decir, murcianas legítimas, aquellas de pelo tirando a rojo-granate y ancha cara. ¡La vaca murciana, pacífica y voluminosa, que recogía el mundo de horizonte a horizonte en sus grandes y apagados ojos! Y así, entre piropo y piropo, mientras abría surcos y esponjaba la tierra, iba dejando detrás de él un alboroto de aguzanieves, herrerillos y colorines, pájaros éstos que siempre acudían a la tierra removida a la busca de insectos mientras espolsaban sus pequeñas alas para quitarse las leves salpicaduras de tierra que a veces les caía encima. Y estimulado por aquel tijereteo que los pájaros formaban volando a su alrededor, gozoso, el labrador cantaba:

*Pajarita de las nieves,
si vas al monte Calvario,
llévale este ramillete
a la Virgen del Rosario.*



Era un cantar a la creación, una ofrenda a la Virgen de las cosechas, que el huertano en su desmesurada imaginación enviaba generosa, lírica y hasta desproporcionadamente, un ramillete de naranjas, limas o, sencillamente, de flores, en el pico de un pequeño pajarillo. Y el hombre de la tierra se alzaba, se crecía, detrás de la yunta, descalzo y fornido sobre la sazónada tierra de labranza, poderoso y dominante como un mítico Anteo. De bancal a bancal volaba la copla, a veces pujosa e intencionada, que entre vecinos se lanzaba y que siempre era recibida con buen talante:

*Toda tu vida rondando
por una mujer mediana,
y ahora te traes un zarzo
que no te cabe en la cama.*

Mientras el otro labrador, haciendo alusión a algunos defectos o fracasos de su convecino, respondía:

*Te casaste en Orihuela
por tener unos ochavos
y ahora te veo aquí
poco más atrás del rabo.*

No iba a más la cosa; y después de esta puja verbal vendría el espacio de hacer un vale, de hablar de las cosechas o simplemente de sucesos ocurridos en la pedanía.

El arado romano aún tenía su total vigencia y la trahilla y la verteadera eran aperos auxiliares con los que se revolvía la tierra para su caneo o se nivelaba para que las aguas no «durmieran» después de los riegos.

Planta y siembra el huertano y sabe esperar porque, como el poeta, ya sólo con mirarlo —aunque no tan místicamente— irá vistiendo todo su predio de hermosura. Porque el huertano guía, injerta, amugrona, poda y espera pacientemente hasta ver convertido en un hermoso y pródigo árbol aquella pequeñita planta que nació en sus planteles apenas vestida de dos hojas escasas.

Y en esta esperanza es como se iban multiplicando todos los esquilmos hasta llegar a los hermosos días de recolección y de siega. Empezaban a enverarse todas las frutas y algunas de las más altas ramas, ya maduras, contrastaban su oro con el intenso verdor de los haldares. El trigo, ya dorado, se segaba y agavillaba, yendo después a la garbera, y de allí, pasados unos días, a la era. ¡Días de trilla bajo el sol de julio! La era parecía



un pequeño lago amarillo y alborotado de haces extendidos. Sobre aquel círculo pajizo crujía el trillo y el trillador chascaba la tralla al aire de las yeguas, saltando éstas sobre aquel mar de rastros enterizos como dos furias desbocadas. Después de varias vueltas al derecho y otras tantas al revés y el «medio torno», la parva quedaba «reventada», y entrando entonces en unos trotecillos animosos y ligeros, al son de la ballestilla cantaba el trillador en un tono agudo y prolongado:

*A la orilla del río
cría una pava
y los pavirulitos
se echan al agua.*

O aquella otra en la que Eros, un tanto malicioso, daba el soplo de la inspiración:

*Aunque vayas y vengas
a la botica,
ese mal que tú tienes
no se te quita.*

Mal de amor debería ser el de la moza, y el hombre desde aquel círculo encendido de la era le enviaba su recuerdo hecho copla.

Se vo'ía la parva, y en medio de aquel balaguero de paja, los hueranos, con sus bien dentadas horquetas, parecían torturados dioses marinos remando sobre las mieses. El trillador, mientras tanto, daba a las yeguas una garba de fresco ricial o unos bien cribados granzones y arri-mándoles un pozal de agua les reponía fuerzas, dejándolas listas para proseguir su tarea trituradora, mientras lanzaba al atosigante aire del mediodía la siguiente copla:

*Cuatro pies tiene el galgo,
cuatro la zorra,
cuatro la lagartija
y que dos la paloma.*

¡Arre, lucera; arrima, tordilla! Y las yeguas volvían al torno. A veces se volcaba el trillo dejando ver unos rodillos plagados de agresivos dentales, afilados y relucientes. También había trillos más rudimentarios, provistos de duros y cortantes pedernales que al rodar sobre la parva hacían un ruido brusco y asordado. Ya atardecido se acababa la trilla y aprovechando un levante de aire calmoso o un lebeche propicio, los hom-



bres se metían en la faena de sacar «cuello», que es iniciar el «caballón» de la paja en dirección al aire para aventar la parva. Era un trabajo de esforzados, una recia tarea que se compensaba viendo crecer el dorado pez de trigo que más tarde, con la media fanega pasada por el raedor, para ser más justos, se medía y guardaba en sacos costaleros o en grandes horones de bien trenzada pleita, cuando no amontonado cuidadosamente sobre el trespol de las salas.

Otra de las grandes labores de nuestra tierra, primorosa y sacrificada, y de la que ya he hablado al principio de este discurso, era la seda, que se mimaba con unas atenciones rayanas en lo hiperbólico. Y era razonable, pues de ella dependían no pocos desahogos para sus cultivadores y unos óptimos ingresos para este Reino. Ya nuestro licenciado Cascales allá por los años de 1614-21, en sus *Discursos Históricos*, nos decía así: «Para la compra de la seda, que en Murcia se cría, entra cada año en ella más de un millón, que es el mayor *esquimo* que en el mundo se sabe». Y esto sucedía en abril, mes del ruseñor, mes de las primeras crianzas, y, muy entrañablemente, la de nuestra seda.

Me remontaré cincuenta años atrás cuando yo era un niño de seis años y ya empezaban a conocerse las primeras incubadoras de vapor, pero todavía no faltaban mujeres que avivasen la simiente del gusano de la seda al calor de sus senos, encerrándola en pequeñas bolsitas para ello. Después de nacidos les colocaban un pequeño «borrón» de hoja, de una recién abierta yema de morera, tierna y repleta de savia. Cada siete u ocho días, aquellos gusanos que al principio era una masa informe, aunque rebullente, hacían su dormida para despertar más grandes y voraces, y, así, hasta llegar a la cuarta dormida y, a partir de ella, a la llamada freza. Y era entonces cuando el huertano movilizaba a toda su familia para coger hoja, y no daban basto para dar de comer a toda aquella «gusanera» insaciable y voraz. Las moreras se llenaban de mozas y mozos, y aquellos estrechos y sombreados caminos eran un ir y venir de gentes de toda edad cargados de cestos y «sábenas» repletas de hoja. Y en un ambiente de alegría y esperanza, se cantaban coplas como ésta:

*Los gusanos de la seda
no tienen perdón de Dios,
pues nos hacen trabajar
hasta el día del Señor.*

Es decir, que ni domingos ni festivos se podían celebrar durante esos días en que los gusanos se preparaban para entrar en *capillo*. Ocurría a veces que un tiempo blando y achubascado sorprendía a los huertanos



metidos en plena faena y un «balamío» de agua, de esa que trae confuso rumor de azotadas hojas, calaba a los trabajadores hasta los huesos.

Después vendría el buen tiempo de los *hilaores*, o el calamitoso de las monas, canutes, zapos, bajocos y otros nombres despectivos con que los huertanos bautizaban a los gusanos enfermos. Los *hilaores* se notaban porque perdían instantáneamente su voraz apetito, adquiriendo una hermosa claridad, casi transparente a la luz del candil, mientras por el «pico» echaban una delgadísima hebra blanca, que tirando de ella se hacía interminable. Y entonces se «cruzaban», que era ponerle a cada zarzo unas bojas oírosas y estimulantes, a las que se acogían los primeros gusanos hiladores. Un día después vendría el emboje del resto de las andanas. Consistía éste en hacer cuatro o seis paradas de boja (broza se le llamaba casi siempre) en cada zarzo, separando por callecitas a los gusanos. Y así iban subiendo durante dos o tres días, dejando solamente en estas callecitas los lechos de residuos de hojas y algún gusano muerto entre húmedas cacarrutas. Se esperaban después unos ocho días, tiempo en que el capullo está terminado y bien tupido de seda, para proceder al «desembojo». Era ese un gran día. Los vecinos se echaban sus peonadas vueltas y se comía profusa y opíparamente; y hasta se acababa con el «obispo», que no es otra cosa que el suculento morcón murciano, reservado para estos días de duras labores. Y había coplas maliciosas y socarronamente intencionadas:

*Cuando se coge la hoja
no vienen frailes.
Cuando se desemboja
llegan a pares.*

Y era verdad. No sólo venían frailes de nuestra vecina Orihuela, sino que también se agolpaban otros de nuestros conventos murcianos y eremitorios que coincidían con los «aflegiores» de todo momento. Y entre unos que pedían y otros que reclamaban, el huertano se veía y se deseaba.

También había otros cultivos tempranos y primorosos como los judíos (bajocas entre los murcianos), calabacines (las del zarangollo), tomates de cobija y pimientos. Para estos últimos se hacían unas almajaras para resguardarlos de los fríos; allí, en pequeñas tablas (hoyos les llamaban), se sembraban las binzas y después se cubrían con una pequeña capa de mantillo; por último, se les echaba una buena tonga de chinarro para que, al calentarse con el sol, se avivasen por parejo, adelantando el crecimiento de la planta. Al tibio amparo de estas almajaras acudían los pájaros a la enza de picotear las semillas o comerse los primeros brotes, tan



pronto éstos aparecieran «tiernos como el agua». Los hortelanos levantaban raros y harapientos espantapájaros para ahuyentarlos; o colgaban una cuerda con cintajos y sonajas que, estirada desde lejos, alborotaba toda la pajarería. De aquellas almajaras, viveros y planteles, sacaban los huertanos todas aquellas matas y plantones que después irían vistiendo sus bancales, sus tahúllas de moreral, es decir, tierras de primera, como rezaba en las escrituras de los amos —había entonces pocas propiedades—, a quienes pagaban el rento o rendían sus cuentas de medieros pobres. Pero si la roya, el pedrisco o el picajoso sol, después de un temporal de chubascos, acentellaba la planta, no faltaba la copla romanceada y con ribetes satíricos y paródicos de los auroros, improvisada de este modo:

*Dios te salve, doce duros
me dieron por la primala
y los gasté en gallinazo
para sembrar la almajara,
pero vino un nublo cojo
y no me dejó ni mata.
Después de pedirle al amo
vine para mi barraca
más avergonzado que antes
porque no me dio ni chapa.*

Y el romance sigue hablando de agobios y sequías. Porque no solamente eran las plagas y accidentes atmosféricos, sino también las largas sequías las que a veces hacían que bancales de pimientos y otras hortalizas se viesan al borde de la ruina por falta de agua. Entonces el huertano guiaba todas las aguas artesianas; atajaba cauces y avenamientos de aguas muertas y aprovechando todos los escurrimbres regolfaba a fuerza de muchas fatigas un poco de agua, que bien a baldeo, trabajo éste penoso y lento, o con una pequeña aceña de a pie, faena ésta descoyuntadora, lograba sacar adelante sus esquilmos.

Norias y aceñas había cerca de las landronas y meranchos recogiendo durante los estíos, largos y agotadores, la poca agua que lagrimeaba por los cauces. Y en la noche, al ruido de los crujientes maderos de las aceñas o al grato son del bordoño de agua vaciándose del arcaduz, aún tenía el huertano pasión y ternura para cantar:

*A las dos de la mañana,
regalo de mi querer,
¡quién te pudiera dar agua
la que quisieras beber!*



No faltaban otros cantares ni cuchicheos ni algarabías de gentes labo-
rando a cualquier hora de las noches estivales. Ya, amaneciendo, el agua
aminoraba, dejando siempre algún tablar de los más altos y difíciles se-
carse por no haberle alcanzado el agua. El ave nocturna volvía a sus
frondas y cocones, y una algarabía de pequeños pájaros anunciaba la cla-
ridad de un nuevo día que siempre sorprendía al hombre de la huerta
metido en sus trabajos.

Era un mundo de labores. Un mundo aparte, lleno de simplicidad y
encanto; una serena Arcadia donde el sol y el lucero del alba daban la
medida del tiempo. De un tiempo de constantes afanes y de ininterrum-
pidas faenas.



LA MONDA: UN TRABAJO EN TIEMPO PRESENTE

Las mondas de nuestros cauces huertanos han sido y siguen siendo uno de los más esforzados y penosos trabajos. Todo este mundo de labores ha sufrido su transformación, y con la llegada de las máquinas se ha conseguido un gran alivio casi en la mayoría de los trabajos agrícolas. Pero este rudo trabajo de las mondas hay que tratarlo en tiempo presente porque tan actual es su fatiga de hoy como en los lejanos tiempos en que se abrieron acequias y brazales, escorredores y landronas para el avenamiento de las aguas muertas. Con el corte de estas aguas, a partir del 20 de agosto, el calendario huertano no da otra cosa que mondas.

La salud pública está preferentemente reflejada en nuestras ORDENANZAS DE LA HUERTA. Es por eso que este menester, que es un bien comunal, se lleva a rajatabla entre los laboriosos huertanos. Tan pronto los cauces se ven mermados de sus habituales aguas, descuelgan sus grandes palas de madera hechas de morera curada y reforzadas con una boquilla de latón; y allá que los vemos saltando por todos los quijeros provistos de sus grandes sombreros de palma que, además de resguardarlos del picante sol agosteoño, les sirven de liviano casco para cualquier posible pella de barro mal orientada, de aquellas que resbalan costón abajo y se nos escabullen desde la molondra al colodrillo.

La monda siempre ha sido una faena hecha con esmero. Como trabajo inicial se siegan todos los fenaces de las orillas y se sacan ovas y berros del lecho del cauce, dejando el puro cieno listo para meterle la pala.

Los mondadores suelen ir a estos trabajos bien «comidos y bebidos», ya que son faenas duras y esforzadas donde las haya. Pues no siempre es quitar rebellinos y bardomeras y costonear las paredes de los cauces para darles más estética. Se tropieza las más de las veces con «la burra empantaná» en medio del merancho o la landrona, originada por algún riego dado a manta al bancale que tiene como lindero el cauce donde se



practica la monda. Por eso se descuelgan estos ribazos que la sana ironía huertana los bautiza con el nombre de «burras».

Durante las faenas los huertanos se acuerdan insistentemente de muchas gentes que sólo visitan la huerta cuando está florida y generosa para alabarla con el burdo tópico de siempre, pero ignoran —o fingen ignorar— que estos cuidados son los que hacen posible una huerta todavía hermosa.

A eso de las cinco de la tarde agosteña llega la revista, casi siempre compuesta por procuradores, veedores, guardias de acequias y un grupo de mondadores para hacer aquellos tramos retrasados y otros cuyos propietarios no han querido meterse.

El veedor se atalaya encima de cualquier puente para otear mejor la limpieza del cauce. Es toda una autoridad en materia de mondas, que para eso ha sido elegido entre los propietarios avenantes al heredamiento. Con los humos propios que a cierta gente da el poder, suele ordenar con voz en grito y con amenazas si algún mondador se ha retrasado en su faena.

—Eh, tú, minso, no te hagas el sonso, y no gachapees más y date prisa y saca ese rebellino de barro. ¿No ves que se ríe el agua? —suele atronar con voz de mariscal huertano.

Gachapear es pisar el cieno y extenderlo para que se disuelva en el agua. Por eso, si queda algún rebellino o «alturón», el agua en vez de discurrir panda, pasa arrastrada por el cauce, produciendo esa «risa» acusadora. Son artimañas de malos mondadores.

Ante estas desaboridas palabras y por el mero hecho de venir de quien vienen, el aludido mondador suele perder los estribos y soltar desde abajo alguna andanada de barro sobre la revista deslustrando el acto.

El personal se enfurruncha y llega a las palabrotas. Se izan las palas; se esgrimen las corbillas, y hasta no falta a quien se le alborota las tripas, zullándose encima. Pero al final se impone la cordura degenerando en broma lo que antes tenía visos de *tragedia*. El que ha quedado irreconocible por la palada de barro se lava en cualquier cola de cauce donde aún cae el agua limpia y se une a la comitiva que, ya atardecido, celebra el día de monda con «torraos» y vino de la tierra, comentando anécdotas y sucesos que año tras año se vienen repitiendo en estos días agosteños cuando las mondas son los últimos *regodeos* del *verano huertano*.



AL CALOR DE LAS LEYENDAS



AL CALOR DE LA LEYENDA

(La visita de Dios)

En este mundo primario, deliciosamente arcádico, donde la leyenda y el mito, cuando no la superstición, se fundían en un entramado difícil de deslindar, surgían leyendas tan encantadoras como ésta, muy poco difundida, en que se cuenta ingenuamente la presencia real de Dios en nuestra huerta.

Cuando yo era niño, en Llano de Brujas, se la oía contar a mi abuelo paterno y a mi padre. Es eglógica y detallista y hermosamente cargada de bondades. La leyenda dice así:

«Dios bajó a la huerta de Murcia por una mata de haba y subió de regreso al cielo por un nispolero. Con El vino la abundancia a las casas huertanas, pues hay que tener en cuenta que las habas eran las primeras leguminosas comestibles que aparecían en la huerta, precediendo a los pésoles; y las nispolas, al igual que los dátiles y los jínjoles, las últimas frutas. En este período, de marzo a noviembre, se cumplía el ciclo natural en que nuestra huerta se manifestaba como una madre abundantísima y pródiga.

Cuenta la leyenda que hálito invisible de Dios hacía que cuajara la flor del haba; que bulliera la tierra vistiéndose de recamadas macollas por costones y longueras. Llegaban al mismo tiempo suaves y persistentes lloviznas —el chipichape murciano— que desentumecían la piel de los árboles del rigor del invierno, al tiempo que amplios bancales de huerta se vestían de ababoles. Así, las moreras, los chopos y demás árboles de hoja frondosa se reventaban en yemas con vocación de amena sombra.

Pequeños pájaros, insectívoros de varias especies, anidaban y se multiplicaban por las gratas umbrías de nuestros hortalas. Zumbaba el negro abejorro y buscaba escondrijo en los canutos de los viejos zarzos. Dios



estaba en todas partes —proseguía la leyenda—. Pero donde más lo deseaban las laboriosas gentes huertanas era cuidando sus andanas de gusanos de seda.

Y Dios —incansable e invisible— seguía con su pródiga tarea de dotar al hombre de nuestra huerta de todos sus bienes y regalos. El mandaba la fina brisa de abril, la que hacía cerner los trigos en flor y demás frutales de estimulante pulpa, cuyo polen caía como una lenta y olorosa nevada vegetal, panda y gloriosa. Se manifestaba en el nido y en la leve semilla para los pájaros. Y si había abejas, avispas, cigarras, sapos y ranas, era porque Dios permitía y prometía y daba vida a todos.

Dios volvía al río abundoso y ricas y rumorosas las acequias. Por la Ascensión de Dios —su hermosa fiesta— daba suelta a los enjambres, que los huertanos recogían en colmenas de albardín trenzado por sus habilidosas manos. En los cocones de las viejas moreras anidaban las vistosas abubillas y el pájaro triguero lanzaba su monótono canto rayando el mediodía, mientras la codorniz nos anunciaba sus celos y crianzas con su pertinaz tartaleo. Se animaban las primeras collas de pequeños peces surcando las ricas y claras aguas de nuestras landronas. Y junio cenital, el de los largos días, barroco y bien vestido, se cargaba de los más ricos frutos existentes. Así, el albaricoque, la pera, la manzana, el melocotón, resaltaban amarillos entre los amplios haldares de verdes hojas.

Para celebrar tantos bienes naturales había una larga canción o romance ingenuo, claramente infantil, que decía:

*Allá arriba en Babilonia
se peinaba Juan Rodrigo.
Por la cuesta baja un higo;
cuando el higo se remoja
las moreras echan hoja
para el gusano de seda.*

Y así, el largo romance huertano, cargado de bondades, seguía recordando los «albaricoques de Damasco», aquellos que «nadie los come con asco por ser frutas de pocas aguas». El romance y la leyenda se alargaban, fundiéndose, informando que «madrugaban las veredas», que es como decir que todo el mundo estaba de laboreo en las huertas, mientras el «herrero encendía sus fraguas en rincones de pocas sillas», «siendo buenas las morcillas / cuando los amigos juntos / les sabían dar el punto». Todo un festival de bienestar y abundancia, hasta llegar al cálido julio, mes de trillas y meriendas, en que Dios mandaba aire movido para sepa-



rar el grano de la paja, y que los niños lo llamaban cuando amainaba, con este agudo pregón:

*¡Borrascaníí...,
pásate por aquíí...!*

Y alzaban puñados de pajuz para averiguar la dirección del aire. Y a esta invocación de los niños, Dios volvía a mover su aire con el que seguía colaborando en la cálida tarea de la recolección.

Aún tenía Dios paciencia, sacada de su inmensa bondad, para escuchar las súplicas de los hortelanos en los secos días del estío, enviándoles agua benigna para reponer salud y sacar adelante la cosecha del pimentón y otras hortalizas tardías.

Ya en septiembre, octubre y noviembre, cuando se iban las golondrinas y volvían el zorzal y el tordo, maduraba el jínjol, el dátil y la nispola, y por el árbol de este fruto Dios ascendía gloriosamente a su Reino, dejando a los huertanos como a la hormiga y la cigarra de la fábula.

Tres meses (diciembre, enero y febrero) habrían de esperar los huertanos más abúlicos y pobres para que de nuevo apareciera, ya entrado marzo, la mata de haba por donde Dios descendería gloriosamente como todos los años a sacar de su encanijamiento a aquellos huertanos que durante los nueve meses de su generosa presencia no habían aprendido la sabia lección de la abeja y la hormiga.

También la inconmesurable misericordia de Dios alcanzaba a las cigarras; es decir, a aquellos huertanos que no eran ni siquiera arrendadores o medieros, dándoles el buen tiempo de los higos y otras variadas y ricas frutas, siempre en la huerta al alcance de la mano.»

Este es el calor de la leyenda. De una hermosa leyenda nacida y propagada en una feliz Arcadia. Una Arcadia que hemos perdido para siempre.



LA MADRE DE LA ACEQUIA

NINGUN niño ha visto ni vio jamás «la madre de la acequia». Y, sin embargo, todas las madres huertanas alertaban a sus pequeños del peligro del maligno monstruo de aguas dulces. Así como existían para muchos niños crédulos y miedosos «el tío Camuñas», «el tío del Sain» y «el tío Sacamantecas», para los niños de la huerta existía, además, la más peligrosa alimaña nunca vista, pero siempre temida: «La madre de la acequia».

Nosotros, los niños, la imaginábamos velluda y oscura como un murciélago, con dos hileras de patas y cuatro o cinco cabezas chatas y agresivas como la de una comadreja.

Las madres huertanas, siempre instintivas, habían inventado este espeluznante bichejo para apartar por el temor a sus pequeños de las orillas de las acequias.

Discurrían —y aún discurren— nuestras acequias sin cimbrar, y durante muchos siglos y por todos los años las desgracias de los niños ahogados en nuestros cauces eran —y son— frecuentes.

Las pobres madres huertanas no tenían —ni tienen— otros medios de defensa contra esta desidia que el inventar algo con que infundir miedo a sus pequeños. Por eso crearon, con imaginación e instinto, «la madre de la acequia».

Tenían ellas —nuestras madres huertanas— y aún tienen, que ayudar al marido en las tareas de la tierra. ¿Y los pequeños? ¿A quién encargarle el cuidado de los pequeños? Así que la chiquillería huertana siempre ha vivido un poco al paio, campando libremente con todos los riesgos como suponen un entramado de cauces y una laberíntica red de sendas y caminos muy transitados y donde el cuidado y la vigilancia no existen. Por eso es posible ver todavía colgadas en las viejas paredes de algunas casas



huertanas aquellas cromáticas litografías donde un ángel de la guarda con su halo de luz sigue de cerca a un niño que corretea sobre un paso peligroso.

—Ni intentarlo siquiera. No os arriméis a la acequia, que tiene una madre feísima y muy mala, y bien pudiera tragarnos.

Eso nos decían con la mejor intención del mundo nuestras madres huertanas.

Si alguna vez ocurría la desgracia de que se ahogase algún niño, ya teníamos consejos y advertencias cargadas de temores durante muchos días.

—¿Veis, hijicos, vosotros no la habéis visto, ni Dios quiera que la veáis, pero ese niño que ayer sacaron ahogado sí que vio «la madre de la acequia».

Entonces frenábamos nuestra curiosidad y nos guardábamos muy mucho y durante varios días de acercarnos a las acequias, pues sabíamos —y aún sabemos— que no existe niño ni mayor que habiendo visto sólo una vez «la madre de la acequia» pueda volver entre nosotros para contarnos y describirnos su monstruoso y sibilino aspecto de comadreja mojada, tal como nos la pintaron, para infundirnos temor, nuestras madres huertanas.



¿QUIEN HA VISTO A LAS DAMAS BAILAR?

(Una leyenda de brujas)

VARIOS pueblos y pedanías de Murcia, entre ellos Alcantarilla y Llano de Brujas, entran en el área de la vana superstición de que por allí se las pasan las brujas a sus anchas. Nadie las ha visto —ni siquiera Caro Baroja—; pero lo cierto es que circulan leyendas orales que nos hablan de su existencia en otros tiempos. Todo, ciertamente, producto de imaginaciones enfermizas, pero que encajaron perfectamente en las largas veladas del invierno huertano.

Según las consejas y cuentos viejos, no se manifiestan nuestras brujas con la misma crueldad y virulencia que aquellas otras nórdicas, sobre todo las de los dramas de Shakespeare y Gohete, y ello es debido, al parecer, a que por aquí carecemos de aquellos climas brumosos y bosques espesos y misteriosos.

Alegres eran, por la información oral que yo conozco, nuestras brujas, y sólo hacían pícaras acciones o bagatelas de poca monta como aquellas de convertir la llocada de polluelos en piedras, o a la moza sacada en Día de Difuntos en cabra cerrera.

Otras leyendas sobre metamorfosis de personas y animales poblaron en otros tiempos la imaginación de niños y mayores, pero justo es decir en descargo de esta falsa creencia que a Llano de Brujas le viene su nombre por las arenas de su vecino el río Segura; arenas éstas llamadas brujas por su finura penetrante, y que en tiempos en que el río no aguantaba márgenes se hacían verdaderas dunas. Niño era yo cuando El Secano era en su mayor parte un montón de arena bruja, cuyas tahúllas han ido convirtiéndose poco a poco en fértiles tierras de naranjos.

Ahora no existen esas dunas, pero a poco que se ahonde cavando, siempre se encontrará el huertano con profusas vetas de esta arena. De ahí el



nombre de esta pedanía. Por eso, si alguna vez la leyenda inventó o nos trajo a través del tiempo que aquí en Llano de Brujas aparecían las *damas* —como galantemente se las llamaba— entre sus apacibles frondas de naranjos y limoneros, o en el cruce de cada camino vecinal o entre los huecos de las oscuras tejas morunas de alguna abandonada y vieja casa de labor, tiempo es ya de ir desechando esta absurda creencia.

Pero como la leyenda y el mito superan la realidad, el caso es que en esta pedanía de Llano de Brujas se comentan todavía hechos insólitos de brujerías y duendes. Una de las leyendas más interesantes es aquella de los dos vecinos, jorobados ambos e inquisos que, medianeros de tierras, se tenían declarada la eterna guerra.

Uno de estos vecinos, llamado el «tío Vidal», cuentan que tenía relaciones con las *damas*. Gustaba al hombre regar de noche, a esas altas horas en que el ave nocturna turba el hondo misterio de la huerta con su espeluznante canto; e incluso aprovechaba las tandas de los demás huertanos para birlarles el agua.

En una de esas cálidas noches del otoño murciano, cuando los brillos, los jínjoles y las manzanas tardías dejan el impacto de su profundo olor entre el paisaje huertano, salió el «tío Vidal» a regar sus hortalizas. Apenas llevaba unos tablares regados cuando oyó en la lejanía un estruendo de guitarras y laúdes que inundaban el lugar con sus extrañas y dulces músicas. Nada ni a nadie veía el «tío Vidal», pero las músicas y los cánticos se hacían cada vez más presentes cantando a su alrededor:

*Granaíco dulce,
granaíco albar,
¿quién ha visto a estas horas
las damas bailar?*

Mientras repetía el coro:

*Quitemos la joroba
al tío Vidal.
Hagamos un hombre nuevo
del tío Vidal.*

Porque el «tío Vidal» era un viudo entrado en años al que su chepa y sus largas soledades lo aparentaban más viejo. Por eso, las *damas*, recordándole su viudez, una noche le cantaron:



*¡Ay, maridito mío,
cómo nos perdemos;
tú, para nada;
yo, para menos!*

Reconociendo en lo más tierno de la copla la voz de su difunta esposa. Pero esta noche, en medio de la algarabía y risas, se lanzaron sobre el jorobado, tirándole hacia el cielo en una especie de suave manteo, y arrancándole la chepa hicieron de aquel adefesio un hombre joven y atractivo. Muchos vecinos, entre admirados y temerosos, se hacían lenguas comentando el prodigio, pues les costaba creer lo que veían sus ojos.

El otro chepado, al ver a su vecino gallardo y desafiante, no pudo contener la envidia, que unida a su antigua vidriosidad, lo hacía ahora más intratable. Así las cosas y las intenciones, simuló estar regando otra hermosa noche con la esperanza de que también a él le librasen las *damas* de su abominable peso. Y volvieron las brujas; pero esta vez dispuestas a darle un chasco al mentido regador. Así que, entre músicas y cánticos, le acumularon la chepa del «tío Vidal» sobre la suya, ya de por sí abultada, por lo que anduvo el resto de su vida agriado por su defecto físico y las ironías y chanzas de sus malintencionados vecinos.

Tal vez esta leyenda tenga su moraleja —y de hecho la tiene—, ya que corre en la huerta la máxima de que hay que llevarse bien hasta con el diablo, no sea que nos mande a sus demonios y nos enzancadillen, aguándonos la fiesta.

Así se nos contaban a los niños estas leyendas al calor de las buenas troncadas invernales, o en las eras, sobre la parva recién trillada, durante el buen tiempo del verano, mientras los grillos cantaban bajo el frescor de las matas y las ranas croaban a lo lejos zambullidas en las charcas y brazales huertanos.



UN RIO MORIBUNDO



UN RIO MORIBUNDO

CUANDO en la prensa diaria nos llegan las alarmantes noticias de que a nuestro río Segura se le ha secado la fuente originaria, su soterrado acuífero, la clara arteria que conformó su vida, pienso en el relato que me contó un anciano sobre éste, a veces, río violento de verdosa barba, como le he llamado en un poema; relato éste al que yo apenas he retocado, pues fluía tan vivo en la imaginación del anciano, que sobraban toda suerte de retoques para mejorarlo.

«Cuando yo era niño —siempre me relataba en primera persona— había aquí una barca, aquella que arrastró hacia Guardamar «la bendita riá de abril», la que trajo a Franco a Murcia». Poco más arriba tenía mi padre una lancha. Ya deteriorada para las furias del mar, se la había comprado como saldo a unos pescadores de Los Alcázares. La volvió a embrear y, ya nuevamente en uso, la empleábamos para pasar a las tierras del «otro lao», aquellos feraces banales de los aledaños de «El Salar». Pronto aprendí a darle al remo, tomándole vicio y desazón a las aguas. «El Pizque» y yo, otro niño de mi edad, alegando a nuestras madres ir por fruta a las tierras de «El Salar», nos metíamos en el río y remando briosamente contra corriente llegábamos hasta los huertos de La Condomina». Después teníamos como premio a nuestros esfuerzos el suave deslizamiento aguas abajo.

Otras veces, mientras nuestros mayores se dedicaban a sus interminables faenas, «El Pizque» y yo, pájaros sueltos, bajábamos entre las frondosidades de las cañas a la lengua del agua, donde atada al tronco de un álamo teníamos la lancha. Como el que deja volar un pájaro con la emoción de que ha de verlo perderse más allá de los azules montes, así soltábamos nosotros la lancha. Llevábamos nosotros un copo, o pequeña red, que nos servía para coger peces y otras cosas que pasaban río abajo. A veces atracábamos en cualquier remanso y fingiéndonos piratas —Sal-



gari nos hurgaba el subconsciente— subíamos las motas del río y asaltábamos los primeros huertos de naranjas que nos salían al paso. Luego, río abajo, las íbamos pelando con las manos y tirando las cortezas al agua, que formaba unos círculos aceitosos de un color verde pavonado, como pluma de pavo real.

Vernos en el río era algo liberador para nosotros. El aire agitaba las cañas y tarayes de los márgenes, mientras «El Pizque» y yo, navegando sobre el *corrental*, dábamos gritos selváticos. Saltaban espantadas las pollas de aguas y algún pío-verde (martín pescador), lanzando su agudo pitido pasaba como una saeta verdigrana reverberándose en las aguas del río. Otras veces amarrábamos en algún sereno recodo, donde el agua se muestra panda y acogedora, y nos poníamos atentamente a escuchar el río. Porque el río tiene una música de iniciado paraíso. Es como si bajarán en él todos los montes y cañadas de la tierra.

Sí, era por abril y mayo, los dos meses más jóvenes de la vida, cuando «El Pizque» y yo intentábamos —¡ilusos!— imitar los cantos del ruiseñor y el mirlo y los de la inmensa pajarería que tenían al espacioso cangilón del río como su casa pródiga. Las fochas traían pequeños peces para sus crías y el martín pescador desde la inclinada rama de un sauce se lanzaba como un leznazo sobre las claras aguas. Después lo veíamos salir un poco más allá con un *chirrete* en el pico.

Aquel olor fluvial se hacía más intenso cuando algún chaparrón primaveral, acompañado de nube pasajera, chapoteaba sobre las aguas levantando crepitantes espumas y fugaces pompas. Entonces, «El Pizque» y yo girábamos la lancha hacia una ribera de frondosos mimbres, sorteando el temporal. Desde nuestro improvisado cobertizo contemplábamos alborozados el hermoso espectáculo de una nube sobre el río. A cada relámpago brillaban las aguas como si el trallazo de luz atravesara el ancho y profundo lecho, mientras que cada trueno se repetía en el eco de margen a margen con un retumbo ensordecedor. Poco a poco cesaba el chaparrón y entre una claridad radiante, como aquellas que muchas veces hemos visto pintadas en las viejas litografías, aparecía el sol con toda su hermosura y con él toda la fauna volvía a recobrar la bullente vitalidad suspendida un momento por la imprevista lluvia. De los cercanos huertos llegaban los densos olores de los frutos recién lavados y los mirlos tornaban a bajar a la lengua del agua en busca de insectos que llevar a sus nidos. Las golondrinas y vencejos volaban a ras del agua cazando mosquitos y algún pato salvaje se espeluzaba titiritante sobre las cepas de un ribazo. No pocas veces sorprendimos a alguna pareja de zorros que entretenidos en su pitanza no advirtieron nuestro paso. Al comprobar



nuestra presencia escapaban como aventados en busca de su oculta zorrera.

El verano, largo, alegre y caluroso, lo deseábamos obsesivamente. Ya unos días antes, como el que va a descubrir nuevas y lejanas tierras, preparábamos a hurtadillas mil cachivaches para emprender lo que nosotros ingenuamente llamábamos la larga huida. Al inseparable copo añadíamos nuestras cañas de pescar, nuestros botes para las lombrices de cebo y nuestros grandes sombreros de palma. Con un pan como una baleo, tierno y oloroso, de aquellos que madre amasaba y cocía en el pequeño horno de nuestra casa, y algo de fiambre, completábamos «El Pizque» y yo nuestras vituallas.

¡De La Condomina al Raal, qué hermoso estabas entonces, río querido! Cada ribazo se nos parecía un islote y cada rebellino un pequeño acantilado. Los Dolores, La Azacaya, Puente Tocinos, Villanueva, Beniaján, Llano de Brujas, Torreagüera, Santa Cruz, Alquerías y El Raal, pueblecitos ribereños que nosotros merodeábamos con nuestra lancha y conocíamos en sus más íntimas costumbres.

En «El Chinarral» se bañaban en hermosa y descuidada promiscuidad los muchachos de Torreagüera y Llano de Brujas. Nosotros bajábamos el río a la enza de unirnos a la trulla de pequeños adanes. Atábamos la lancha a cualquier árbol o cepa corva; hacíamos un guruño la poca ropa que nos cubría y la guardábamos a buen recaudo para evitar que nos la ocultasen o nos hiciesen nudos en mangas y faldones humedecidos con orines. Que eso es lo que hacían los muchachones más aventajados en edad y malicia.

Había meandros serenos y livianos donde las aguas se espejeaban bonancibles y no cubrían más allá de las rodillas; y lugares paradisiacos reservados a las adolescentes, siempre bajo la atenta vigilancia de sus madres. Nosotros pasábamos en nuestra lancha como una exhalación cerca de aquellos lugares privilegiados y, como la mujer de Lot, no pudiendo contener la curiosidad, mirábamos. Algunas salían de las aguas como las corzas de la leyenda, y otras, porque aún tardaron muchos años en conocerse los *bikinis*, con las camisas caladas y muy pegadas a las carnes.

Tenía —y tiene— el río sus leyendas y cuentos. Uno de los más celebrados por nosotros, niños al fin, era aquel de la zorra que cogieron descuidada en un gallinero de «El Secano», y al atontarla de un leñazo, creyéndola ya muerta, mandaron a unos críos a que la echasen al río. Dicen que los pequeños comentaban de echarla sobre una bardomera, a lo que



la raposa, como en las viejas fábulas, charlotera y astuta, iba comentando entre dientes: «Mejor así. Igual me da. Para Orihuela voy...».

Acontecía que algunos veranos el río se vestía de luto cuando algún niño se ahogaba perdido entre sus aguas. Entonces llegaban todos los padres del contorno atraídos por la luctuosa noticia, y echaban redes y rastreaban el fondo del río por aquellos lugares donde el agua acometía con más furia, haciéndole profundos y peligrosos cuévanos y roncadores a sus orillas. Pero pronto se olvidaba entre la gente menuda el fantasma del peligro y volvíamos al río muy a pesar de nuestros padres y sus serias advertencias.

«El Pizque» y yo considerábamos las bardomeras como buques fantasmas y apenas divisábamos una llegar, lenta y estrepitosa, preparábamos nuestro abordaje. Nos valíamos de un chupón de moral borde acabado en un gancho que nosotros le habíamos amañado para estos menesteres. Juguetes estropeados, tablas, viejos troncos arrancados a los desmoronamientos del río, se unían a envases y basuras que la mala conciencia ciudadana echaba al río a su paso por las ciudades. Comíamos en la lancha y cuando nos apremiaba la sed cortábamos un jopo de caña y haciendo un canuto lo metíamos en el agua sorbiendo hasta calmarnos. No había peligro. Todavía eran las aguas de nuestro río portadoras de vida, fértiles y potables.

Pero hoy, ya con mi vejez a cuestas, inclinado sobre la barandilla de la pasarela de la Vereda de la Barca, contemplo estas aguas hediondas y malsanas, mientras me entero por los periódicos que un «padre de la patria» ha dicho en el Senado rebatiendo a otro padre de la misma patria que «todo está prácticamente hecho» en cuanto lo encaminado a cortar de raíz la mortal contaminación y limpieza de nuestro río. ¿Significa esto que el Segura no recibirá más auxilios que los ya obtenidos? ¿Se nos quiere decir que estamos condenados a verlo eternamente arruinado? Creo que no; y que son las palabras las que nos traicionan. Porque ante ese fácil recurso donde se esgrime la falta de medios económicos como un profundo obstáculo, se opondrá, necesariamente, la inquebrantable voluntad y la justa y noble indignación de los hombres de nuestra huerta.

Pero yo, sin hacer demasiados oídos a esta enajenación de nuestro río, me hago estas reflexiones: ¿Y es éste el río que dio riqueza y hermosura a Murcia? ¿Este el padre de florecientes ciudades, espejo de nuestro «serenísimo reino de la luz? ¿El que en tiempos más respetuosos para con la naturaleza fue frondoso y navegable?».



Así acabó su relato el viejo hortelano, mientras afirmado a la pasarela veía pasar un río, ya desconocido para él, con densas y oscuras aguas encajonadas entre unas márgenes breñosas y abandonadas.

No pude contener una emocionada tristeza, y exclamé:

*Ante tanta desidia y abandono,
te invoco a ti, poeta de la muerte,
Jorge Manrique, maestro amado, escucha
mi queja hecha cantar por este río
que ante mis ojos pasa,
no hacia el mar a morir, sino ya muerto.
Yo lo vi en mi niñez, fértil y hermoso,
como un brazo de vida entre la tierra.
Peces y pájaros le acompañaban
en su lenta andadura entre recodos
sombreados de álamos y mimbres
y verde cañavera, donde un día
anidaron las fochas y los patos.
Grande es mi queja, maestro,
porque le han muerto el agua y en su lecho
yace, no vital y abundoso, sino
oscuro como el fin de la luz. Río
indefenso. Nadie le llora.
Ni siquiera llegan
a verlo en su agonía revolverse
—serpiente venenosa, deslizada—
con su carga letal, de turbia linfa,
ya légamo incurable, desahuciado.
Río-padre de todos, ay, cómo
sufrirías, Jorge-río del mundo,
tú que amaste los ríos de la vida
con una pena impar porque se acaban
en el mar del morir, si hoy contemplaras
este río, cadáver maloliente,
sin riberas, sin pájaros, sin peces,
hacia la mar, ya muerto
y abandonado por los hombres.*



COSTUMBRES Y TRADICIONES



LA HIGOTADA

NUESTRA huerta murciana fue un tiempo casi bosque de higueras y moreras. Aún no tenían las aguas los altos niveles freáticos que hoy tienen ni tampoco la civilización —seamos sinceros— había introducido entre los huertanos los medios de labor de que hoy disponen. Unas y otros —aguas y tractores— han hecho que estos pomposos árboles de grandes y espesas hojas se encuentren prácticamente exterminados.

Llegado marzo —marzo siempre fue entre los huertanos el abandono de la esperanza—, higueras y moreras, al igual que otros frutales, empezaban a vestirse y a echar rajos y polliceras con una vitalidad estallante.

Los niños, con esa atracción que siempre han sentido hacia los frutos y los pájaros, seguían atentamente el crecimiento de las brevas desde su nacimiento, con las primeras hojas, hasta su fase final, catalogándolas de la siguiente manera:

*Zompos,
higotines,
asombradas,
macocas,
candilejas
y añublás.*

Las candilejas y las añubladas eran desechadas sin miramiento alguno, ya que las primeras eran pura pelleja colgada de las ramas, despojos que, al macarse en exceso, los pájaros dejaban de aquellas brevas que el sol cura y madura en los haldares; y las añubladas venían a ser las *pancias* o huecas por causa de las nieblas o borias bajas. Por eso la predilección de los niños siempre tendía hacia los zompos y las asombradas: las unas



por ser unas brevas de hermoso tamaño nacida de rama joven; las otras por tratarse de unas brevas de color verdeaceite que siempre maduran ocultas entre las frondosidades de las hojas. Como selección final quedaba la duda por inclinarse por el higoín o la macoca, aunque a última instancia era el higoín el que se ganaba las miradas y deseos de la chiquillería, ya que éste caía «rabiculao» de un solo bocado que nos sabía a azúcar fresca, mientras la macoca era una breva retorcida y mustia, pasada de madura, y que podía darte, a veces, el desagradable mal gusto de un nido de hormigas entre sus mermadas carnes.

Con estos nada desdeñables conocimientos de la calidad de las brevas, los niños nos armábamos de una larga brevera que nosotros nos hacíamos con una o dos liceras empalmadas, lanzándonos a la sabrosa aventura de la caza de las brevas por los ásperos andamios de los higuerales.

En una larga mata del buen trigo raspinegro, cuya grosa espiga servía de base, íbamos metiendo ensambladamente las brevas. Varias bandas de niños, sobre todo los domingos y festivos, pateaban todos los quijeros de la huerta. Sabíamos dónde estaban las mejores higuerales florales y también aquellas brevas aisladas a las que algún niño «listo», llamado «pinta-brevas», les había untado la flor de aceite para tempranearlas.

Si algún viejo hortelano nos amonestaba en propia defensa de sus apetecidas brevas, le cantábamos aquella copla que para nosotros delimitaba el poder y uso de cada persona sobre las cosas. Todos la sabíamos, y por eso defendíamos nuestra parcela frutal, cantando:

*En el cielo manda Dios
y en la tierra los alcaldes,
en Murcia el gobernador
y en las brevas los zagales.*

Pero el desconcierto y las agresiones infantiles se quedaban para la hora de la «higotá». Consistía ésta en hacer tres o cuatro gajos cada breva, que poníamos extendidos sobre hojas «pampanosas» de higuera, como decíamos en nuestro gráfico lenguaje murciano. Después echábamos suertes, y por riguroso orden jugábamos a ver quién sacaba más gajos de breva de la «higotá». Consistía este juego en dejarnos caer por el dorso de la mano izquierda, levemente empujada por la derecha, una pequeña partícula de hoja de higuera redondeada en forma de hostia que si la suerte te deparaba quedarse sobre cualquier gajo, éste te pertenecía. En último lugar quedaban los higoines y los zompos, que se dejaban enteros como premios de mayor cuantía. En estas últimas jugadas había



codicia y trampas, con el riesgo de terminar a la greña, por alcanzar el preciado trofeo.

Ya atardecido, cada cual tomaba las de villadiego. Recuerdo que un viejo viudo con fama de rijoso, desde la puerta de su casa, al mirarnos pasar con las presillas en carne viva por la acción corrosiva de «laleche-higuera», solía cantar, como sacada del pozo de sus recuerdos, esta copla:

*Si tu madre no me quiere,
déjala que no me quiera.
Pero yo tengo una higuera
que con dos brevas me harto
y siempre la tengo llena.*

Nosotros nos perdíamos entre cañares y sendas, mientras el eco de otra copla casi gemela hendía el cálido atardecer huertano.



EL VERANICO DE LOS MEMBRILLOS

En Murcia disfrutamos de verano y medio, que bien medido y aguantado equivale a dos veranos de cualquier otra región española. El largo y caluroso verano que oficialmente se inicia el 22 de junio y acaba el 21 de septiembre, y el otro, más modesto, que se prolonga desde el 22 de septiembre hasta Todos-los-Santos. Nosotros, los murcianos, lo conocemos como «el veranico de los membrillos». Es el buen tiempo de la fruta ácida y tardía, aquella que al hincarle el diente nos da una dentera grata y estimulante.

Con el verano-verano se acaban los higos ñorales y otras especies como pajareros y negrales. Con el veranico de los membrillos dan la cara los otros higos llamados verdales y de pellejo de toro. Buen tiempo éste para entrar en nostalgias. Las hojas empiezan a tomar tonalidades amarillas y entre el verde y espacioso cogollo de las palmeras asoman las doradas uvas con sus dátiles enristrados.

Los primeros jínjoles y membrillos, todavía ásperos, los vemos en nuestra feria septembrina; a los unos como pequeños huevos con pintas de canela; a los otros, verdosos y relucientes, limpios del vello originario como un gay recién salido del depilatorio.

Este poeta, metido a cronista, pasea por esta Arcadia, que es la huerta, y aún puede contemplar los verdegueantes chopos con sus parras enroscadas donde remolinean las avispas y se deja sentir un persistente abejeo, señales éstas de que entre las hojas quedó olvidado algún racimo de uvas moscateles. Nunca falta la trulla de mocindangos, y de entre ellos alguno ganado por la tentación que, con la boca hecha agua de puro estímulo, trepa chopo arriba hasta alcanzar el más alto racimo. Pronto le veremos bajar más que aprisa con un tallo entre los dientes y el rostro hinchado y enrojecido por las picaduras. Pero como donde el Diabolo pone el mal Dios pone el remedio, el agredido muchachón se espatarraga en un brazal y se aplica dos garapadas de cieno sobre las picaduras. Es un remedio



casero y de emergencia, pero que da muy buenos resultados —nada fantásticos—, ya que el frescor retenido durante algún tiempo sobre donde el insecto clavó su aguijón va eliminando el escozor y los picores y desazón producidos en la piel.

Se echan de menos ya muchos años en la huerta las granadas y las níspolas. Sobre todo estas últimas. Eran los frutos tardíos del veranico de los membrillos. Las granadas se comían en los primeros «deszures del panizo» mezcladas con vino; y las níspolas se sacaban de entre la paja, donde se habían guardado para este proceso, ya «podridas», es decir, escandidas de puro maduras, y que resultaban un bocado exquisito.

¡Veranico de los membrillos, cuando se partían las primeras olivas e íbamos al monte a por tomillo e hinojos para aliñarlas! Sigo pensando, veranico, que tú eres la verdadera primavera de los murcianos, pues tus iras termostáticas no van a más como en la verdadera primavera, la que empieza el 22 de marzo y nos enlaza, ya agobiados, al 22 de junio. ¡Loado seas, veranico nuestro! Tú eres la antesala de los primeros arropes, los que empapan con su meloso caldo, haciéndoles apetecibles, los ricos y variados calabazates murcianos.



LAS NOCHEVIEJAS DE ANTAÑO

TODAS aquellas personas de nuestras pedanías que estén frisando los cincuenta recordarán, quizá con cierta nostalgia, aquellas Nocheviejas huertanas cuando se «echaban los años». ¿En qué consistía este juego? Pues muy sencillamente. Unos días antes de la noche de San Silvestre se reunían los mozos y mozas del lugar y hacían un recuento minucioso de todos los jóvenes casaderos de ambos sexos, con inclusión de viudos, viudas y aquellos solterones y solteronas olvidados hasta de San Antonio. Que por algo tiene su copla popular:

*San Antonio bendito,
dame un marido
que ni fume tabaco
ni beba vino.*

*San Antonio bendito,
ya me lo has dado
con un puro en la boca
y emborrachado.*

Pero primero, y antes de llegar al juego que cerraba la velada, que era el de «echar los años», se jugaba a las prendas en otro juego llamado el «estira y encoge», y que se hacía sobre un pañuelo grande, de aquellos llamados de malvas, que cogidos por sus cuatro puntas por jóvenes, se mantenía tenso, mientras el mozo que llevaba el juego, al tiempo que hacía círculos con su dedo índice sobre el pañuelo, decía esta especie de acertijo:

*Al estira y encoge
perdí mi caudal.
Al estira y encoge
lo volví a ganar.*



Y entonces, dirigiéndose al primero que se le ocurría, le espetaba: ¡Estira! Si el tal estiraba tenía que dar una prenda porque el juego era al revés de lo que se ordenaba. O sea, que al mandato de encoger, había que estirar, y a la orden de estirar, había que encoger. Esto, claro, como ya intencionadamente se decía muy de prisa, se prestaba a muchas equivocaciones, por lo que si no habían ciertos reflejos mentales, te tocaba dar una prenda, causando las consabidas risas de los demás.

Había otros juegos como el de «el anillo», que consistía en ir pasando un anillo entre el corro y después preguntar a uno que averiguase dónde estaba. Si no acertaba tenía que pagar una prenda.

Otro juego, también, muy celebrado era aquel que se le llamaba «¿Dónde estaba usted?». Este era, igualmente, un juego de equivocaciones, donde cada participante se ponía un nombre de animal o cosa, como perro, gato, horno, yegua, arca, chopo, menos el que dirigía el juego, que siempre se ponía un nombre altisonante y significativo para distinguirse de los demás, teniendo todos tratamiento de *tú*, menos éste que hacía de *manate*, cuyo tratamiento era de «usted». Por riguroso sorteo se nombra este *papel*, que era el que empezaba el juego así:

*Una mañana
muy tempranito
me levanté
y encima del horno
me senté.*

Y entonces el que respondía por nombre de «horno», si contestaba con el mientes «tú», como se dirigía al *manate*, cuyo tratamiento era el de «usted», tenía que dar una prenda. También ocurría al contrario, que si el «manate» preguntaba ¿pues dónde estaba «usted»? entonces era él a quien correspondía dar otra prenda.

Si gracia tenían estos juegos por sus equivocaciones, más bulla y algarabía se formaba por parte de las muchachas a la hora de rescatar las prendas, pues para recuperarlas había que hacer todo aquello que las jóvenes exigían como pago al delito de equivocarse. Así, alguno para recuperar el chisquero tenía que hacer el gato, mayando amargamente por los rincones. Otro hacía el burro con rebuzno y repullo incluidos, y mozo hubo que se bebió un botijo de agua —jun 31 de diciembre!— para recuperar su petaca. Esto provocaba una risa sana y contagiosa, pues había mozos con chispa para amenizar estas veladas.



Y entre rosco y copa, chanzas y dicharachos, se llegaba al filo de la medianoche, momento esperado para «echar los años». Había tres tazones, los más hermosos y grandes del jarrero, donde se metían por separado los nombres de las muchachas *principiantas*, las de en edad de merecer, solteras y viudas. En otro tazón se metían los muchachos, solterones y viudos. En tazón aparte se metían los «adagios». Consistían éstos en una especie de dicho disparatado o piropo esperpéntico. No solamente se metían en los tazones nombres de personas, sino que allí tenían cabida el Miravete, la Cresta del Gallo, el macho del Puente, el castillo de Monteagudo, el verraco de Basilio, el reguerón, el río y otros nombres entre surrealistas y demenciales. Con todo dispuesto, se empezaba el juego. Un mozo metía la mano en el tazón de los nombres de las mozas y sacando un papelito, decía: aquí tenemos a «Juana la Repantigá» —porque los motes informan más que el propio apellido en la huerta—, a lo que otra moza metiendo la mano en el tazón donde estaban los nombres de los mozos, igualmente, alzaba la voz, diciendo: pues aquí he sacao a «Perete el Chupacirios». ¡A ver el «adagio», gritaban todos a una! Y entonces, un tercer mozo, cargado de socarrona parsimonia, metía lentamente la mano en el tazón de los «adagios», sacaba un papelito y leía entre zum-bón y terne:

«Vámonos a la cama, que el catre cruje».

De este jaez había muchos «adagios», por lo que a muchas viejas y otras que lo eran menos, celebraban la ocurrencia y de la misma risa se les corría la tuerca del grifo. Alguna vez a la más enmirlada y presumida del lugar le tocaba en «suerte» un viudo con fama de roñeta y zancajoso. Otras veces, por artimaña de quienes cantaban los nombres, se hacían las uniones más dispares, como eran, por ejemplo, *arreguntar* (así se decía) un mozalbete encanijao y barbilampiño con una virago de voz ronca y vello recio. Nunca faltaba el detalle avieso, y a la que se tenía por la más rica del contorno le «cafa» el macho del Puente o algún «pelaespigas» insolvente, por lo que se la hería en su absurda vanidad. Tal cantidad de disparates e incongruencias hacían brotar la risa, hasta el extremo que las había que se cogían los ijares, como ellas decían, para no desgraciarse encima.

Y así, poco a poco, iban saliendo todos los nombres que con tanto cuidado y hasta misterio se habían metido en los tazones. A cada pareja se endilgaba su correspondiente «adagio», que algunos se repentizaban sobre la marcha, siempre que alguna moza sacase por compañero al castillo de Monteagudo o el macho del Puente, por ser elementos imposibles



de *aparear*. Al final siempre quedaba alguna sin pareja, pues querían las mozas que alguna tuviera «peor suerte» que aquellas que les había tocado «vivir» en compañía del Miravete o Columbares durante todo un año.

Algunos mozos no tenían mejor «suerte», pues los emparejaban con alguna solterona, ya pansía, cuya fama de cochindanga era conocida más allá de los límites de la pedanía.

La sal de este juego de «echar los años» se saboreaba a la mañana siguiente cuando en reuniones y comidillas se hacía público y hasta brotaban las risitas y sornas impertinentes y maliciosas pensando que a fulanita o a menganito les había caído «en suerte» un pecado gordo. ¡Y para todo un año!



LOS HILEROS

NO quiero que falten en este discurso, que más bien parece, como he dicho en su introducción, una crónica de la nostalgia, unos modestos «buscavidas» que precisamente en los buenos días de nuestro clima murciano solían poblar los caminos de nuestra huerta. Me estoy refiriendo a los hileros: unos humildes menestrales, honrados y laboriosos.

Procedían casi todos del viejo y popularísimo barrio de San Juan, y los conocimos de dos categorías: de sera y carretón. Ni que decir tiene que los de sera eran los menos pudientes, ya que utilizaban bien sujeta a la espalda una de aquellas grandes seras de esparto que para envasar patatas (aún las llamábamos crillas) prestaba «Casa Arróniz» a sus clientes huertanos. Estos hileros llevaban como suplemento una cesta alargada, casi en forma de bandeja, colgada del brazo. Allí lucían las chucherías que hacían la delicia de los niños. Los hileros de carretón eran más «fastuosos» y su mercancía más variada por disponer de mejores medios de transporte. De todas formas no era el tal negocio como para arrendarles las ganancias ni a los unos ni a los otros. Pero como trato de hacer crónica, diré que los de carretón llevaban desde la rameada fuente para la modesta casa huertana hasta la bola (peto, cristal o china) para la gente menuda. Y tenían su pregón que hendía el silencio y avisaba a la chiquillería:

*¡Hilero,
lañao
y paragüero.
Se lañan lebrillos,
cazuelas
y cocios para las viejas!*

El cocio tenía la traza de una media tinaja o tazón grande con un recio borde, toscamente trabajado, por boca. Se utilizaba para muchos



menesteres: hacer la colada, remojar la pulpa que se daba a los animales, curar los gusanos para sacarles la hijuela y de tina para lavarse los ancianos, porque la gente joven nos bañábamos en las acequias o el río. Y como solían romperse con frecuencia, por eso los hileros los tenían en cuenta en su pregón.

Las mujeres salían con trapos y alpargatas para cambiar por fuentes o lañar alguna vasija rota. Por supuesto que los mejores trapos los reservaban para hacerse sus colchas retaleras y taparse en los inviernos. A los hileros les traían los desechos de una selección hecha *a priori* y que desagradaba por su mala calidad. Trapos muy viejos, alpargatas con suelas de goma, esparto o yute, venía a ser la mercancía que las mujeres aportaban a trueque. Los hileros se irritaban y decían que aquello no valía ni una jarra, teniendo en cuenta que lo que llevaban por la huerta era el estrío de la cerámica murciana, de aquella que se hace en los talleres de Lorca y Aledo.

Los niños nos enzarzábamos en hacerles sacar del carretón toda la mercancía, diciéndoles que les íbamos a traer a hurtadillas alguna camisa en buen uso de nuestros padres, confiándoles que saldríamos al camino a llevársela. Así que con estas esperanzas ya teníamos a los buenos hombres sacando de entre una rara rafia, para darle más rito y mérito a la mercancía, mixtos de trueno, caballitos, piulas, sorpresas, *cobetones*, petardos, y más escondida, para evitar que se secara, regalicia. Aquello de la regalicia nos chocaba mucho porque venir a vender dicha raíz en ambas riberas del río Segura desde Llano de Brujas hasta El Raal no dejaba de ser un acto heroico, pues nosotros nos la agenciábamos por nuestros propios medios, es decir, cogiendo una picaza y arrancándola en el bancal más próximo.

Que nosotros, la gente menuda, acabábamos con la paciencia de los buenos hileros, lo teníamos por cierto. Hartos ellos de aguantarnos, salían con sus carretones vistosos de bilochas y remolinos que al brío de su paso daban vueltas y hasta servían como de enza o reclamo a la chiquillería. A veces un chaparrón primaveral, de esos que imprevistamente nos coge en el camino, despintaba hasta hacerlas inservibles estas bagatelas de papel de colorines.

Algún niño, descarado y procaz, le preguntaba, gritando desde lejos:

—Hilero, ¿de dónde viene el aire?

—Del (c.....) de tu maire,

gritaba fuera de sus casillas, irascible y amenazante, haciendo pareado



obsceno con la preguntita de marras. Algunos niños sentían empacho y se les subía el pavo por la hiriente contestación del acosado hilero; otros, más desvergonzados y cínicos, celebraban el cabreo del buhonero como una victoria de la imaginación infantil sobre su mayor semejante.

Todo esto es cierto. Y, sin embargo, a través de la distancia, nos viene al recuerdo que todas estas agudezas mentales no empecían las buenas relaciones que siempre tuvimos en la huerta con estos honrados y trabajadores hombres de nuestro más popular barrio murciano.



ESTAMPA HUERTANA

CUANDO yo era niño aún no había envejecido la huerta con esa alarmante prisa como lo viene haciendo durante estos últimos años. Conservaba todavía los aspectos propios de un subdesarrollo, notándose muy acentuadamente en caminos de tierra, sendas estrechas, tahúllas aisladas, puentes y pasos hechos de palos cortados rudimentariamente, amén de otros baches y defectos. Guardaba, sin embargo, por la eficacia y el amor a sus predios por parte del hombre huertano, toda su arboleda fresca y rumorosa y el rico tesoro de sus puras aguas. Era un paisaje en todo su esplendor, una Arcadia encantadora.

Hoy está contaminada hasta la tierra, y no digamos las aguas, donde hay zonas cenagosas y bastante desarboladas, sobre todo aquellas que, como ya he dicho hasta la saciedad, tienen el Azarbe Mayor como única vía de drenaje. No siempre fue igual; y yo recuerdo cuando estas landronas de aguas muertas, de las que se nutre el Azarbe, se secaban durante los largos y cálidos veranos murcianos, ya que sus únicas aguas eran y son todavía las que como servidumbre les dan los pozos artesianos.

Pues bien, en las largas sequías de los veranos, estos pozos no daban abasto a tantas tierras como esperaban el agua salvadora. Y es más, también de estos pozos se utilizaban las aguas para beber. Y aquí es donde empieza mi estampa huertana.

Solían las mozuelas del lugar ir por aguas artesianas a estos pozos, por ser frescas y cristalinas donde las haya, aunque un poco blandas. Llegaban por un camino polvoriento o por una estrecha y sombreada senda con sus frescos cántaros ceñidos a la cintura. Alrededor de estos pozos siempre ha habido tupidas sombras de moreras macocanas, olmos, álamos, chopos y otros árboles de hoja fresca y frondosa. Allí descansaban de su largo y agobiado caminar; y allí emprendían, por un momento, animada y sabrosa tertulia. Era un largo hormigueo humano el que aflúa



a estos pozos durante estos dos asfixiantes meses de julio y agosto murcianos.

Caía un sol inmisericorde y la luz se atomizaba abriéndose en un hondo claror quemante. Las avispas, abandonando sus viejas tejas morunas y los parrales próximos, bajaban hasta la lengua del agua, por lo que había de cuidarse de ellas.

Cargaban las mozuelas sus abombados cántaros hasta la boca de aquella fresca y estimulante agua. Alguna resbalaba al borde del regato, siempre escurridizo de barro tierno, con lo que venía a estrellar irremediablemente el cántaro, ya lleno, sobre el suelo. No faltaba entonces la copla más o menos intencionada, como ésta:

*Madre mía, me lo han roto
el cantarico en la fuente.
Yo no siento el cantarico,
sino el hablar de la gente.*

Casi todas reían alborozadamente, excepto la moza que solía esclatar un cántaro, que, acalorada y corrida, recogía los tuestos y los lanzaba lejos de sí, poniendo el gesto mohino.

Aquellas mozuelas de mi estampa, hoy también tienen a su vez hijas crecidas, pero no gozan el encanto de ir a los pozos artesianos a recoger agua. Por tubos sofisticados, sólo abriendo una lujosa llave, ya tienen el agua en las manos, y sin moverse de los interiores de su casa. Pero, ¡ah, civilización!, cada día esta agua les echa un gusto diferente, según la dosis de cloro o materia desinfectante con que haya sido tratada. Tampoco, por supuesto, oirán a su paso esta copla sencilla que sus madres oyeron de boca de un adolescente que día a día, con la vehemencia que da un primer amor, les lanzaba desde el otro lado de la acequia:

*Una rubia va a por agua
porque le vean el pelo.
Dejadla que vaya y venga
que ella caerá en el anzuelo.*

Hermoso tiempo aquel en que aún el silencio dejaba espacio para que se pudiesen oír éstas y otras coplas que galantemente se les endechaban a las mozuelas de la huerta con cierto aire de serranilla, durante el buen tiempo del verano, mientras iban y volvían con sus cántaros bien ceñidos a la cintura, formando una estampa plástica, robusta y atractiva.



¿TUVO ESTA ARCADIA SU CULTURA?



¿TUVO ESTA ARCADIA SU CULTURA?

SOBRE un amplio grupo humano, sin duda el más numeroso de nuestro municipio, eminentemente agrícola como lo fue y lo sigue siendo la mayoría de las gentes que pueblan las pedanías de nuestra huerta; que como hemos visto y nos cuentan las lejanas crónicas, aún conserva inalterables, pese a toda adversidad y malentendidos, los nombres de las acequias y los pueblos donde se originó este maravilloso vergel que enseñó a Europa y a Occidente el arte de todos los cultivos, el primor de la jardinería (todavía se cuenta en Méjico que fue un hábil jardinero murciano el que plantó e hizo crecer entre las piedras los floridos rosales que deslumbraron al indio Juan Diego), el ingenio de los riegos y mil cosas más de paciente elaboración que pregonaron la fama de Murcia desde su fundación hasta nuestros días, cabe preguntarse: ¿Tuvo esta Arcadia su cultura? Indudablemente que la tuvo; la atestiguan sus poetas, escritores y artistas que recogieron y guardaron todo el caudal de belleza, primaria, si se quiere, pero entrañable y encantadora.

Dejando aparte la sensualidad poética de algunos autores árabes y el misticismo de sus más iluminados sufíes, debemos partir, para entender esta Arcadia más cercana a nosotros, de la llegada a Murcia de catalanes y aragoneses, y, posterior y definitivamente, los castellanos del Rey Sabio. Esta fusión, unida al regusto gráfico de no pocas palabras árabes, determina el dialecto murciano —que no el «panocho»—, vehículo encauzador de esta cultura arcádica. Y significo el «panocho» en un sentido negativo porque el llamado *panochismo* llegó a convertirse estos últimos años en una degeneración aviesa y malintencionada de nuestro rico dialecto murciano, llegando a emplearse en los Bandos, como dije al principio de este discurso, para ridiculizar al hombre de la huerta.

Y es a partir de la fusión antes citada cuando empieza a perfilarse un lenguaje, casi siempre laboral, reflejado en documentos de la época



como ocurre en escrituras e inventarios, en «Las Ordenanzas de la Ciudad de Murcia», e incluso en escritores y poetas cultos como lo fueran Salucio del Poyo, el licenciado Cascales, Polo de Medina y otros que enriquecieron su estilo literario con voces de nuestra dulce habla.

Sin embargo, esta cultura dialectal (que yo vengo llamando arcádica) empezaría a conocer su ascensión y fundamento a partir del conocido romance anónimo del siglo XVIII, «La Barraca», dirigido como protesta al Corregidor D. Pedro de Reátegui y Colón. Romance que ha tenido toda suerte de imitaciones, entre ellas una muy hermosa y conocida de Vicente Medina.

Pero es a mediados del siglo XIX, con el brote y fuerte empuje de las corrientes regionalistas, cuando esta cultura se reaviva esplendorosamente, acabando recapitulada, ya en nuestro siglo, en ese Vocabulario, que es nuestro Diccionario Dialectal, del Profesor D. Justo García Soriano. Esto ocurría en el año 1932.

Desde 1859, en que apareció «El Pastor de Marisparza», de Miguel Ortega, hasta 1932, en que, como queda dicho, fue publicado el VOCABULARIO DEL DIALECTO MURCIANO, esta Arcadia, que fue la Huerta, se nutrió prácticamente de esta literatura local elaborada con altísima dignidad por escritores y periodistas como el maestro Martínez Tornel, Díaz Cassou y Frutos Baeza. A estos nombres hay que añadir los de Javier Fuentes y Ponte, Rodolfo Carles, Jara Carrillo, el poeta eminentemente de la Huerta; Vicente Medina, el más universal de nuestros regionalistas; Eduardo Flores, su discípulo de Espinardo, y Frutos Rodríguez, hijo del maestro de los posteriores panochistas, que cierra el ciclo de esta pléyade de cantores arcádicos con su libro «Desde el cornijal» (1930). Posteriormente publicó por la década de los cincuenta «De la Murcia que se fue», con romances un tanto rezagados en la nueva estética garcilasista del momento.

Los escritores antes citados no hicieron otra cosa que dar cuerpo a leyendas y costumbres divulgadas entre los hombres y ambientes huertanos. De este sugestivo mundo está nutrida «La Literatura Panocha», de Díaz Cassou, tan llena de socarrona gracia huertana, en la que este autor se nos muestra como un consumado maestro del género.

Martínez Tornel y Frutos Baeza, por su parte, entran ya en el campo de la creatividad en sus «Romances populares murcianos», el primero, y en «Palicos y cañicas» y «¡Cajines y albares!», el segundo. Ellos recogieron, además, coplas populares que andaban en boca de las gentes; y muy especialmente, Frutos Baeza recopiló aquellos salaces y retijantes «Jue-



gos de la Huerta); si no todos, sí los más vivos e imaginativos que en acontecimientos familiares se inventaban los *manates* para el regocijo del vecindario.

Y aquella literatura que empezó siendo una protesta social, tuvo sus deliciosos momentos de encanto costumbrista en romances de Martínez Tornel, Frutos Baeza y Vicente Medina; pero fueron estos mismos autores los que la dotaron de una honda preocupación social y humana, muy especialmente Vicente Medina en sus famosísimos «Aires Murcianos», volviendo así a sus primeros balbuceos reivindicativos, pero ya en un tono moderno, del viejo y anónimo romance «La Barraca».

Paralela a esta literatura con nombres ilustres y preocupados se desarrolló otra suerte —también hermosa— de manifestaciones folklóricas anónimas. Como muestra gloriosa de lo que puede la tenacidad de un pueblo, ahí tenemos a «Los Auroros», tan lejanos y actuales al mismo tiempo; o la «Adoración de los Reyes Magos», que entre unos textos declamatorios, por tratarse de un diálogo entre altos y poderosos dignatarios, aparece el encantador cuadro de los rústicos pastores Jusepe y Rebeca, copia fiel y reconocible del ingenio iletrado de nuestro entorno rural que pone en boca de dos zagalones todo el comadreo que siempre tiene cualquier acontecimiento desusado.

Aún se sigue intentando por parte de algunas peñas huertanas (la mayoría de ellas ubicadas en la ciudad) el renacimiento de estos espectáculos y fiestas. Admirable labor ésta, de la que debemos felicitarnos, pero les falla lo más hermoso y natural donde dichos espectáculos se representaban: el incomprable marco escénico de nuestra huerta. Prisas y demás ruidos de tráfico hacen imposible, por ejemplo, la representación de «Los Reyes Magos». Ya no existen la paz y el silencio de un cruce de caminos huertanos donde tenían su encuentro al rayar el día los tres mensajeros de Oriente, y donde el rey Gaspar, dignificando la voz, un tanto afectado, entonaba:

*«Por ásperos desiertos caminando
en la ruda estación del crudo invierno
dilatados países transitando
pisando nieves y rompiendo hielos...»*

Y así, todo el entramado diálogo que sigue entre los tres magos, haciendo la delicia y la expectación de los niños.

Nuevos e importantes cultivadores de esta literatura como Diego Ruiz Marín, que maneja con sabiduría y donaire el castizo romance; Ra-



fael García Velasco, el más prolífero escritor del momento e incansable recopilador de nuestro acervo cultural autóctono, y Felipe Ortín Sánchez, creador de deliciosos cuentos dialectales, intentan recomponer esta literatura ya periclitada. Loable labor, pero inútil. Recordemos que hubo un tiempo —el que he venido nombrando a lo largo de este discurso— en que esta literatura caminó paralela, aunque en tono menor, a la otra literatura que se hizo y se sigue haciendo en Murcia y en la que tuvimos nombres tan ilustres y universales como un Saavedra Fajardo, un Francisco Cascales y un Diego Clemencín.

Ya esta literatura arcádica, juntamente con la tierra, las gentes y el tiempo que la motivó, pasó entre nosotros, y querer reanimarla es como esforzarnos baldiamente en retener contra toda fatalidad a una moribunda a quien hemos querido más allá de todo asombro. Algo así como quien llega tarde a un incendio donde se le ha quemado lo más entrañable y valioso y no encuentra más que cenizas. Esta Arcadia tuvo su cultura, su tiempo lento, donde la morosidad de los siglos fue llenando de inmarcesible belleza las páginas de su Historia.



VOCABULARIO



Por hallarse contenidas en este discurso muchas palabras de nuestra lengua dialectal, casi todas de uso laboral, he creído oportuna su explicación en este Vocabulario.

A

ababol, amapola.

abejeo, zumbido confuso de abejas.

abocar, vaciar una cosa sobre otra. Cuando una cola de agua cae a un cauce mayor.

acentellada, enfermedad consistente en que parte de la planta se seca.

adagio, dicho, por lo general, obsceno. Se decía en el juego de «echar los años».

afiegior, cobrador de impuestos.

agenciar, procurarse una cosa por sí mismo.

agua nuerta, agua que después de los riegos recogen los azarbes, landronas y meranchos.

albar, especie de granada dulce. También persona de poco color.

aliñar, arreglar olivas o ensaladas con sus correspondientes ingredientes.

almajara, vivero, pequeños hoyos o tablas donde se siembran las binzas.

alturón, pequeña mota de barro que queda en el lecho del cauce.

amerar, empapar la tierra u otro cuerpo de agua o cualquier líquido.

aminorar, mermarse el agua en los cauces paulatinamente.

amugronar, pasar una rama de árbol a la tierra sin cortarla hasta que no haya arraigado.

andana, pilastra de zarzos ordenados para criar seda.

anegar, inundar de agua un bancal.

añablada, breva fofa por las nieblas.

aporcar, cubrir de tierra las plantas comestibles para mantenerlas tiernas, como son cardo, apio, etcétera.

asombrada, breva oculta bajo las hojas. Tiene un color verdeaceite.



artesianas, agua de pozo acuífero.
arreguntar, unir, reunir muchas cosas.
auroros, cuadrilla rural de hombres que cantan este viejo canto murciano.
avenamiento, escurrimbres de aguas hacia otros cauces.
azarbe, cauce mayor de riego. Recoge las aguas muertas y de avenamientos.

B

bajoca, judía verde. También persona cobarde.
bajoco, gusano de la seda enfermo.
balaguero, montón de cosas. También un caballón de paja.
balamido, ruido confuso de agua desmandada. También el balar de los ganados.
baldeo, baldear un cauce. Sacar agua para regar con un balde o caldero.
baleo, margal grande de esparto. También se le llama cofa.
bancal, trozo de tierra acondicionada para su cultivo.
bando, advertencia sobre una ley a cumplir. Soflama en las fiestas del Bando de la Huerta.
bardomera, montón de ramas o cañas flotando sobre los cauces.
bilocha, cometa de papel. Solían volarse por la Cuaresma.
binza, simiente del tomate o el pimiento. Ciertas semillas.
birlar, una de las partes que se compone el juego de bolos. Se juega a contramano. Quitar a uno una cosa.
borde, pie de naranjo amargo para injertar. Persona de malos entresijos.
bordoño, chorro recio y cantarín de agua.
boria, niebla baja.
borrón, pequeña hoja tierna de morera. Se les pone a los gusanos recién nacidos.
brazal, ramal de riego derivado de un cauce mayor.
brevera, alcanzadera. Se hace con una o dos liceras empalmadas astillada y abierta al final.
bruja, arena fina y penetrante.
burra, ribazo de un margen sobre el cauce.

C

caballón, montón de tierra o paja alargados.
cacildrán, pájaro un poco más pequeño que el mirlo. Es muy agresivo.
cajín, especie de granada agrídulce de granos muy rojos.
calabacete, calabaza amerada en arrope.
canute, gusano enfermo.
candleja, breva comida por los pájaros y sumida hasta el pellejo.



cañar, cañaveral.
capillo, capullo de la seda.
cerner, dícese de la flor del trigo cuando está desprendiendo el polen.
cerrera, cabra rebelde y saltarina.
cintajo, cinta vieja. Tirajo.
cocón, agujero producido por la carcoma en los árboles viejos.
cochindanga, mujer puerca. De cochina y mindanga.
cola (de agua), final de un cauce cayendo sobre otro.
colodrillo, pescuezo.
colla, manada de crías de peces.
copo, pequeña red para pescar. También un trozo de tierra acabada en ángulo.
corrental, corriente alegre de agua. También un trago de vino.
costón, orilla, margen.
costonear, embellecer los márgenes quitándoles sus rebellinos.
crilla, patata.
cruzar, poner unas matas de boja en los zarzos para que se acojan los primeros hiladores.
cuévano, cesto. Recodo muy pronunciado en el río.

CH

chapa, capullo de seda con la crisálida muerta. Dinero de poco valor.
charlotera, charlatana, habladora.
chinarro, guijarro.
chipichape, lluvia fina y persistente.
chirrete, cría de peces.
chisquero, artes de encender compuestas de pedernal, estopa y una pequeña barra de acero que al frotarla sobre el pedernal saltan chispas.
chupón, guía inútil y de mucha savia que les sale a los árboles.

D

dama, bruja en las leyendas y tradiciones.
damasco, albaricoque de pulpa muy apetecible. Hay una variedad llamada «tapalahoja».
dentera, acidez producida en los dientes por morder o comer fruta verde.
desgraciarse, cagarse encima.
desembojo, separar el capullo de la seda de las bojas. Este trabajo.
deszure, separar del zuro el grano del maíz.
dicharacho, palabra de poco fuste.



E

echar años, juego huertano. Se jugaba el 31 de diciembre y consistía en aparear a todos los jóvenes y gentes mayores, viudos o sin casar. empacho, cierto pudor, avergonzarse.

emparejar, aparear, ordenar.

enverar, el primer color que toman los frutos precediendo a su madurez. enza, reclamo. Pájaro que se utiliza para atraer a los demás con su canto. escandida, níscola o dátil maduro en el árbol. «Podrido» de tan maduro.

Adobado.

esclatar, reventar de un golpe contundente cualquier vasija.

escurrimbre, pequeño avenamiento que sirve de drenaje a un bancal.

espatarragarse, espatarrarse, abrirse de piernas.

espeluzar, tirititar de frío. En las aves acuáticas sacudirse las plumas.

espolsar, sacudir el polvo a una cosa. Quitarse a uno de encima.

esquimo, cosecha. También se dice esquilmo.

estiaje, riego dado a las tierras en tiempos de sequía.

estrío, desecho.

F

fenaz, yerba áspera y fina que crece en quijeros y márgenes. Sirve de pasto.

frea, momento en que el gusano de la seda ha hecho la cuarta dormida.

El trabajo que acarrea sus cuidados.

G

gachapear, pisar el barro o cieno.

gachapeo, el ruido que produce el barro o cieno al pisarlo.

garapada, lo que cabe en una mano abierta.

guruño, manojo de ropa arrugada.

H

haldar, faldar, falda. Ramas exteriores de un árbol.

heredamiento, conjunto de acequias y cauces que dan riego a una porción de tahúllas. Sus usuarios.

higotá, juego infantil que consiste en jugarse a la suerte las brevas que entre todos han cogido.

higotín, breva pequeña.

hilaor, gusano de la seda en el momento que se dispone a hacer capullo.



hilero, especie de buhonero que iba por la huerta ofreciendo baratijas al trueque de trapos y alpargatas ya desechados.

horón, margal grande donde se echaba el trigo.

I

ijar, delgado de la barriga. Costado bajo.

J

jarea, breva seca. Se abre y se le mete almendras.

jínjol, fruto del azufaifo.

jopo, flor de la caña.

Juegos de la Huerta, pequeñas piezas teatrales que se improvisaban. Por lo general, cómicas y de costumbres.

L

lampayo, trozo amplio de tierra.

landrona, cauce de aguas muertas donde abocan los escorredores. Es menor que el merancho.

lechiguera, leche corrosiva de las brevas e higos sin madurar.

lengua del agua, al mismo nivel del agua en los ríos y los cauces.

licera, caña gruesa y larga.

lombrigada, cebo compuesto de muchas lombrices.

LL

llocada, cría de polluelos.

llosco, entre dos luces, ambos crepúsculos.

M

macarse, madurarse demasiado.

macoca, breva muy madura.

macocana, morera de hoja ancha y jugosa.

macolla, muchos tallos salidos de un solo grano.

madre (de la acequia), monstruo imaginario. También el lecho de la acequia.

majencar, cavar levemente.

manate, gracioso rural que inventaba Juegos de la Huerta.

manta (a), riego a pie dado a un bancal. Regar en ala.

maire, madre. En algunas pedanías también se dice maere.



medianero, pequeño escorredor que divide tierras y sirve de drenaje. meloso, amelado, tierno, pegajoso.
 merancho, cauce mayor que las landronas. Recoge las aguas de éstas.
 minso, sonso, que se finje bondadoso y no lo es.
 mocindango, despectivo de mozo y mindango. Grandullón.
 molondra, cabeza grande y rapada.
 mona, gusano enfermo. Es despectivo.

N

negral, variedad de higo muy estimado para encofinar.
 nispola, fruto del nispero.
 nispero, árbol achaparrado. Produce la nispola.
 nulo, nublo, anubiado.

Ñ

ñoral, higuera de esta especie. Sus brevas e higos son de color marrón. Muy comunes en la Huerta.

O

obispo, morcón.
 olla, roncador. Borbollón de agua. El ruido que hace cuando se filtra por una abertura o agujero.

P

pajarero, especie de higo quebrado de color, muy bueno de comer.
 pajús, paja muy molida. Residuo que queda después de haber aventado la paja.
 pancía, hueca.
 panda, agua que discurre o cae muy lenta.
 panizo, maíz.
 panocho, dialecto murciano.
 pansía, muy arrugada de tan madura. También pansía de vieja.
 parva, haces de trigo extendidos en la era.
 pavor, miedo grande a cosa desconocida.
 pelaespigas, persona insolvente. Despectivo de pobretón.
 pella, puñado de barro. Muchos frutos apiñados. Cogollo de ciertas hortalizas.
 perderse, morirse, acabarse. También deshonorarse.



pésol, guisante.

pintabrevas, persona que pinta este fruto. También despectivo de poco valer.
pío-verde, martín pescador.

plantón, árbol recién sacado del vivero. Por lo general de morera.

polla de agua, ave acuática, especie de focha. Había muchas en el río Segura.

pollicera, muchos pimpollos o raijos salidos al tronco de un árbol.

presilla, bocera. Mal en la comisura de la boca.

primala, hembra animal que todavía no ha parido. Cerda o novilla a punto de echar.

Q

quijero, lado o márgenes de todos los cauces y acequias.

R

rabicalao, comérselo «rabicalao». De un solo bocado.

raedor, especie de listón que sirve de rasero. Se utilizaba para rasar el trigo cuando se medía.

raijo, brote en los troncos de los árboles. Equivalente a pollizo.

rayar el día, cuando asoma el sol a primera hora de la mañana.

rebellino, excrecencia de barro en los márgenes interiores de los cauces.

regoiñar, reunir agua, acaudalar.

retijante, brillante, rechinante.

ricial, pasto verde de avena o cebada.

risa (reírse el agua), pequeñas ondas producidas por el agua al pasar sobre el lecho de un cauce mal mondado.

roncador, borbollón de agua que hace ruido al filtrarse. Dícese también de un cohete mayor que los normales.

roya, enfermedad de las plantas consistente en que las hojas amarillean y se secan prematuramente.

S

sábena, sábana de lienzo o harpillera. Se empleaba para acarrear hoja o yerba.

sain (tío del Sain), personaje imaginario para asustar a los niños.

sonso, minso, de poco fuste. A lo sonso sonso, pero con malicia.

sorregar, rezumar una tierra al regar otra de al lado.



T

tanda, tiempo de agua que le corresponde a cada propietario para regar sus tierras.

tahúlla, medida de tierra cuya capacidad es de 1.118 metros cuadrados.

tartaleo, tartajeo, canto de la perdiz y codorniz. «Tártala / zúrpete / si te has untado / límpiate».

tintín, pequeño pájaro insectívoro que vive en los huertos y herbazales.

tonga, capa de chinarro que se les ponía a las almajaras para adelantar el nacimiento de la planta.

torero, higo tardío de color negro y muy rojo por dentro.

trespol, suelo de yeso de las salas.

trulla, ruido de gente al andar.

U

uvio, yugo.

V

vale (hacer un), descansar durante el tiempo que se fuma un cigarro.

verdal, variedad de higo tardío muy gustoso de comer.

verdegueante, muy verde.

virao, gusano de la seda con rayas oscuras sobre la piel.

Z

zambullida, chapuzada en el agua.

zapo, sapo. Gusano de la seda enfermo.

zarangollo, calabaza y cebolla fritas. Especie de pisto.

zarzo, recipiente de cañas para criar seda. También se utiliza el dicho de «es un zarzo» para designar a una persona grande y desmañada.

zompo, breva grande. Mujer parrancana y también basta.

zullarse, cagarse.

zullido, cagado de miedo.

zullirse, cagarse encima.

